

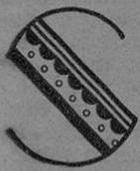
- * Los maestros de la literatura policial. LA CELDA NUMERO TRECE (Novela completa). Por Jacques Futrelle.
- * LA MAQUINA PENSANTE.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * POEMA, por Mario Picado Umaña.
- * Libros: HISTORIA DE LA FISICA, por Salvador Molina M.
- * "PLATERO Y YO", de J. R. JIMENEZ, por Omar Dengo.
- * EL TEMPLO DE SAN AGUSTIN EN BOGOTA Y LA EFIGIE DE JESUS NAZARENO, por Marylen.
- * Los libros y los días: EMMANUEL ROBLES Y EL HONOR HISPANICO por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 30 de mayo de 1954

Nº 99

Además...

LA CELDA NUMERO 13



SUS padres lo llamaron Augustus S. F. X. Van Dusen, y él se encargó, con posterioridad, de agregar académicamente, y tras su nombre, casi todas las demás letras del alfabeto.

Por eso, sumados nombres y títulos, formaban una estructura maravillosamente imponente. Su propietario era Doctor en Filosofía, en Medicina, en Leyes, miembro de media docena de academias y varias veces condecorado. También le correspondían otros títulos, cuya totalidad él mismo no recordaba y que le habían concedido, como reconocimiento de su capacidad, numerosas instituciones extranjeras, educacionales y científicas.

Su aspecto no era menos notable que su nomenclatura. Era delgado, y sus hombros estrechos se inclinaban al peso de muchas tardes de lectura. Su rostro afeitado tenía la palidez de una vida sedentaria de recluso. Sus ojos, perpetuamente entrecerrados, tenían el gesto de quien estudia pequeños detalles; eran de un azul húmedo y se escondían detrás de gruesos lentes. Pero lo más notable de su fisonomía era la frente, ancha y alta, casi anormal por su altura y amplitud y coronada por una cabellera amarilla y revuelta. Todo ello se unía para darle una personalidad y peculiar y casi grotesca.

El profesor Van Dusen era remotamente germano. Durante varias generaciones sus antepasados se habían destacado en la ciencia; él era la consecuencia lógica, el superintelectual. Antes que nada ponía la lógica. Había dedicado por lo menos 35 años, dentro del medio siglo de su existencia, a demostrar que dos y dos son siempre cuatro, excepto en casos especiales, en que pueden ser tres o cinco. Sostenía que todas las cosas que comienzan deben llegar a alguna parte y cuando un problema le intrigaba, concentraba en él la fuerza mental de sus antepasados. De pasada diremos que el profesor Van Dusen usaba un sombrero número 8.

El mundo lo conocía con el nombre de La Máquina Pensante. Un periodista le había adjudicado ese título al término de una extraordinaria exhibición ajedrecística, en que Van Dusen demostró que mediante la lógica inevitable un novicio en ese juego podía llegar a derrotar a un campeón que le hubiera dedicado toda su vida. ¡La Máquina Pensante! Eso lo describía quizás mejor que todas sus iniciales hono-

ríficas, porque pasaba semana tras semana y mes tras mes encerrado en su pequeño laboratorio, del cual brotaban ideas que estremecían los ambientes científicos y agitaban el mundo entero.

Sólo de tarde en tarde recibía visitantes La Máquina Pensante, y se trataba generalmente de personas destacadas en la ciencia, que lo visitaban para discutir algún punto o ser convencidos. Dos de ellos, el doctor Charles Ransome y Alfred Fielding, llegaron una noche a su casa a discutir alguna teoría que no tiene importancia para este relato.

—Tal cosa es imposible —dijo el doctor Ransome, enfáticamente, durante la conversación.

—Nada es imposible —afirmó

Por Jacques Futrelle

—dijo—, pero no tienen ningún sentido. Puede que la mente domine a la materia, pero todavía no ha encontrado una manera de aplicar físicamente sus fuerzas. Hay cosas que no pueden ser destruidas con el pensamiento y que no ceden a ningún esfuerzo intelectual.

—¿Qué por ejemplo? —preguntó La Máquina Pensante.

Ransome pensó un momento y contestó:

—Las murallas de una cárcel. Nadie puede escapar de una celda sólo pensando; si fuera posible, no habría presos.

—Un hombre puede aplicar su cerebro y su ingenio al problema de salir de una celda. Lo que viene a ser lo mismo —replicó de

vez en la conversación—. Podrían volarse las paredes con un explosivo. Pero un preso encerrado adentro no tendría dinamita.

—No hace falta en absoluto —dijo La Máquina Pensante—. Ustedes podrían tratarme tal como se trata a un condenado a muerte y yo escaparía.

—Imposible... a menos que llevara consigo herramientas —dijo Ransome.

La Máquina Pensante estaba visiblemente molesto y sus ojos azules brillaban.

—Enciérrame en cualquier celda, en cualquier prisión, en cualquier sitio y en cualquier momento, llevando sólo las ropas imprescindibles; saldré de ella en el plazo de una semana.

El doctor Ransome se irguió demostrando interés. Fielding encendió otro puro.

—¿Habla en serio? —preguntó Ransome.

—Claro que hablo en serio. Ransome y Fielding permanecieron en silencio un rato.

—¿Quiere probarlo? —preguntó finalmente Fielding.

—Sin duda —dijo Van Dusen, con algo de ironía en su voz—. He hecho cosas mucho más estúpidas que esa para convencer a otros hombres de verdades menos importantes.

Su tono era ofensivo y la conversación asumía caracteres de disputa. Sin duda, era algo absurdo, pero el profesor Van Dusen insistió en que estaba dispuesto a hacer la prueba, y se decidió realizarla.

—Inmediatamente —agregó Ransome.

—Preferiría hacerlo mañana —dijo La Máquina Pensante—, porque...

—No. ¡Ahora! —dijo Mr. Fielding, categóricamente—. Usted va a ser detenido, en forma fingida, claro está, sin aviso ninguno; encerrado en una celda sin posibilidades de comunicarse con sus amigos y tratado allí en forma idéntica a la que se utiliza para los condenados a muerte. ¿Está dispuesto?

—Lo estoy —dijo La Máquina Pensante, y se puso de pie.

—¿La celda de la muerte en la prisión de Chisholm?

—La celda de la muerte en la prisión de Chisholm.

—¿Y qué llevará puesto?

—Lo menos posible —dijo La Máquina Pensante—. Zapatos, medias, pantalones y una camisa.

—Permitirá que se le registre, claro está.

—Quiero ser tratado precisamente como un preso cualquiera



La Máquina Pensante, con igual énfasis. Siempre hablaba de petulancia—. La mente lo domina todo. Cuando la ciencia reconozca plenamente esa verdad, se habrá ganado mucho.

—¿Y qué me dice de los viajes interplanetarios? —preguntó Ransome.

—Eso no tiene nada de imposible —afirmó La Máquina Pensante—. El buque del espacio será inventado. Yo mismo lo haría, pero estoy demasiado ocupado.

El doctor Ransome sonrió en forma tolerante.

—He oído frases así muchas ve-

mal talante La Máquina Pensante.

Ransome expresó su diversión.

—Imaginemos un caso —dijo—. Supongamos que usted estuviera encerrado en una de las celdas en que se confina a los condenados a muerte. Hombres desesperados, enloquecidos por el miedo y que correrían cualquier riesgo por escaparse. ¿Podría fugarse de ella?

—¡Claro! —contestó La Máquina Pensante.

—Es verdad —dijo Mr. Fielding, que intervenía por primera

—dijo La Máquina Pensante—. Ni más ni menos.

Hubo que arreglar ciertos preliminares y obtener permiso para la prueba. Pero los tres eran hombres de influencia, y todo quedó hecho satisfactoriamente por teléfono, aunque el director de prisiones, a quien se explicó el experimento en términos puramente científicos, quedó desconcertado. El profesor Van Dusen era el preso más distinguido a quien jamás le había tocado alojar.

Una vez que la Máquina Pensante se puso la ropa que iba a llevar durante su estadía en la cárcel, llamó a la viejecita que le servía de cocinera, empleada y ama de llaves.

—Marta —le dijo—. Son ahora las nueve y veintisiete minutos. Me voy. Dentro de una semana, a las nueve y media, estos caballeros y una o dos personas más comerán conmigo aquí. Recuerde que al doctor Ransome le gustan mucho las alcachofas.

Los tres hombres se dirigieron en auto a la prisión de Chisholm, cuyo alcaide los aguardaba. Se le había explicado por teléfono que el eminente profesor Van Dusen iba a quedar a su cargo una semana, siempre que pudiera retenerlo; que no había cometido crimen alguno, pero que se le debía tratar como a un preso cualquiera.

—Regístrelo —dijo el doctor Ransome.

Se registró a La Máquina Pensante, sin encontrar nada en sus bolsillos; se examinaron sus zapatos y medias. Mirando todos esos preparativos y fijándose en la debilidad física, casi infantil, de Van Dusen, su rostro pálido y sus manos pequeñas y delgadas, Ransome sintió algo como remordimiento.

—¿Está seguro que quiere hacerlo? —preguntó.

—¿Se convencería usted si no lo hiciera? —inquirió a su vez La Máquina Pensante.

—No.

—Entonces, lo haré.

Las dudas de Ransome quedaron disipadas por el tono con que Van Dusen habló. Se sintió molesto y decidió seguir el experimento hasta el fin. Sería un duro castigo al egoísmo.

¿Le será imposible comunicarse con el exterior? —preguntó.

—Absolutamente imposible —contestó el alcaide—. No se le darán ni papel ni lápiz.

—¿Los carceleros no llevarán ningún mensaje suyo?

—Ni una palabra, directa o indirectamente —dijo el alcaide—. Puede estar seguro de ello. Darán cuenta de todo lo que él les diga y me entregarán cualquier cosa que él les dé.

—Eso me parece totalmente satisfactorio —dijo Fielding, que estaba francamente interesado en el problema.

—Claro está que si el experimento fracasa —dijo Ransome— y el profesor pide ser puesto en libertad, usted sabe que debe dársela inmediatamente.

—Comprendo —replicó el alcaide.

La Máquina Pensante escuchó el diálogo sin decir nada hasta que hubieron terminado, entonces declaró:

—Quisiera hacer tres pequeñas peticiones. Ustedes pueden concederlas o no; como quieran.

—Nada de favores especiales... —previno Fielding.

—No los pido —contestó Van Dusen—. Quisiera tener polvo dentífrico; cómprelo usted mismo para que se convenza de que no tiene trampa, y también un billete de cinco dólares y dos de diez.

El doctor Ransome, Mr. Fielding y el alcaide se miraron con asombro. No les sorprendía que Van Dusen pidiera un dentífrico, pero sí que deseara dinero.

LA MAQUINA PENSANTE

Jacques Futrelle —era norteamericano, a pesar de su apellido— murió en el hundimiento del "Titanic", después de haber escrito 4 cuentos, en que figuraba 'La Máquina Pensante', el intelecto más desarrollado de todos los tiempos. Futrelle era muy joven y es posible que hubiera dado gran brillo al género policial si no hubiera fallecido en esa ocasión. Aun así, nos dejó en "La Celda Número 13" un ejemplo sobresaliente de deducción pura. Una demostración de que la mente es superior a la materia. La Máquina Pensante, con la sola fuerza de su intelecto, supera las murallas, puertas y barrotes de una prisión formidable y deja en evidencia a los que creían que la materia podía vencer al cerebro humano. Este cuento ocupó el tercer lugar en la encuesta a que ya nos hemos referido, y en la que se eligieron los doce mejores cuentos policiales de todos los tiempos. El profesor Van Dusen, que sostenía que "dos y dos son cuatro, no a menudo, sino siempre", apareció por primera vez en público en 1907, en un libro llamado "La Máquina Pensante".

—¿Hay algún carcelero a quien nuestro amigo podría sobornar con veinticinco dólares?

—Ni con dos mil quinientos —contestó el alcaide.

—Entonces, déselos... —dijo Fielding—. Creo que no hay daño en ello.

—¿Y cuál es el tercer pedido? —preguntó Ransome.

—Quisiera que me lustraran los zapatos.

Nuevos gestos de asombro. Esto sobrepasaba ya los límites de lo absurdo, de modo que lo aceptaron. Cumplidos todos estos preliminares, La Máquina Pensante fué llevado a la celda, de la cual se había comprometido a escapar.

—Esta es la celda número 13 —dijo el alcaide, deteniéndose en el corredor de acero—. Aquí encerramos a los asesinos condenados. Nadie puede salir sin permiso mío y nadie, tampoco, puede comunicarse con el exterior. Me juego mi reputación a que es así. Mi oficina está a pocos metros de distancia y puedo escuchar desde ella cualquier ruido extraño.

—¿Aceptan esta celda, caballeros? —preguntó La Máquina Pensante, con un tono irónico.

—La aceptamos.

La pesada puerta de acero fué abierta. Se sintió un ruido de pequeños pies dentro de la celda y La Máquina Pensante entró en ella. Después, el alcaide cerró con llave la puerta.

—¿Qué ruido era ése? —preguntó Ransome.

—Ratas —contestó La Máquina Pensante desde el interior.

Los tres hombres se despidieron, y ya se retiraban cuando La Máquina Pensante preguntó:

—¿Qué hora es, exactamente, alcaide?

Las once y diecisiete minutos...

—Gracias. Me reuniré con ustedes en su oficina a las ocho y media de la noche, dentro de una semana.

—¿Y si no lo hace?

—Lo haré.

La prisión de Chisholm era una gran estructura de granito de cuatro pisos, rodeada por grandes extensiones de espacio abierto. Tenía a su alrededor una muralla de mampostería sólida, de seis metros de alto; tan lisa, que era imposible escalarla. En su parte superior, como mayor precaución, habían sido empotradas barras de acero de dos metros de alto, puntiagudas. La muralla señalaba una línea divisoria absoluta entre la libertad y el encierro. Aunque un hombre lograra escapar de su celda, nunca podría atravesarla.

El patio, que circundaba los edificios de la prisión por todas partes, tenía ocho metros de ancho. De día hacían ejercicio en él aquellos presos autorizados para ello. Pero el habitante de la

celda número 13 no podía salir a él. De día y de noche había guardias armados en el patio que patrullaban toda la longitud de la muralla.

De noche, el patio estaba iluminado tan claramente como si fuera de día. Grandes reflectores daban a los guardias una visión completa del patio y la muralla. Los cables de los reflectores subían por las paredes de la prisión apoyados en aisladores.

Todo esto lo vió y lo estudió La Máquina Pensante desde la ventana enrejada de su celda, a la que alcanzaba solamente subiéndose a la cama. Lo hizo a la mañana siguiente de su ingreso a la cárcel. Se dió cuenta también de que más allá de la muralla había un río, porque oyó el motor de una lancha. En la misma dirección sintió los gritos de muchachos que jugaban y el ruido ocasional de pelotazos. Comprendió así que, entre la muralla y el río, había otro espacio abierto, dedicado a campo de juegos.

La prisión de Chisholm era considerada absolutamente segura. Nadie había escapado jamás de ella. La Máquina Pensante, subido en su cama, y viendo el patio y la muralla, comprendió por qué. Las paredes de la celda, construidas unos veinte años antes, eran perfectamente sólidas. Las rejas de la ventana eran de hierro nuevo, sin una mancha de orín. La ventana misma, aun sin las rejas, era demasiado pequeña para que un hombre pudiera salir cómodamente por ella.

A pesar de todo, La Máquina Pensante no se desalentó. Miró atentamente los grandes reflectores y siguió con la vista los cables que los alimentaba. Calculó que debían pasar por el costado del edificio, no muy lejos de su celda. Valía la pena saberlo.

La celda número 13 estaba en el mismo piso que las oficinas de la cárcel. Había que subir cuatro peldaños para llegar a la puerta de la oficina; por lo tanto, el piso de la celda debía estar algo más de un metro por encima del suelo. No podía ver el suelo directamente bajo su ventana, pero si algo más allá. Sería fácil saltar desde ella. Muy bien.

En seguida La Máquina Pensante se dedicó a recordar cómo había llegado a la celda. Primero había cruzado la muralla exterior frente a la caseta de los guardias; había allí dos fuertes rejas de acero y un hombre cuidaba siempre la puerta, abriéndola después de mucho agitar de llaves y cerrojos y dando salida únicamente cuando recibía orden superior para ello. La oficina del alcaide estaba en el edificio de la cárcel. Para llegar a ella, desde el patio, era necesario cruzar otra puerta de acero sólido, con una mirilla. Después, para pasar de la oficina a la celda 13 había que cruzar una pesada puerta de madera y dos de acero. Venían en seguida

los corredores de la prisión, y por último, la reja de la celda 13.

Era, por lo tanto, necesario abrir siete puertas antes de volver a la libertad. En cambio, tenía a su favor el hecho de que muy rara vez lo interrumpían. A las seis de la mañana llegaba a la celda un carcelero con el desayuno. El mismo hombre volvía al mediodía y a las seis de la tarde. A las nueve de la noche había un recorrido de inspección. Nada más.

—Está muy bien organizado este sistema carcelario —pensó Van Dusen—. Tendré que estudiarlo cuando salga. No tenía idea de que las cárceles estaban tan bien custodiadas.

Dentro de la celda no había nada, fuera de una cama de hierro, tan sólida, que era imposible romperla sin herramientas. El no las tenía. No había ni silla, ni mesa, ni platos, ni cubiertos. Nada. El carcelero esperaba mientras él comía, y se llevaba después el plato y la cuchara de madera que el preso utilizaba.

Una por una, La Máquina Pensante fué asimilando todas esas cosas. Después de estudiar todas las posibilidades, se dedicó a examinar la celda. Mirando las piedras una a una, tanto en el suelo como en las paredes y el techo y el cemento que las unía. Pisó el suelo una y otra vez, pero era de cemento, perfectamente sólido. Después se sentó en la cama y pensó largo rato. Había encontrado un problema verdaderamente difícil.

Lo distrajo una rata que cruzó frente a sus pies y después huyó a un rincón de la celda, asustada de su propia audacia. Mirando hacia el rincón, La Máquina Pensante vió muchos ojos pequeños que lo miraban. Contó seis pares. Quizás habría más. Su vista no era muy buena. Después, siempre sentado en la cama, examinó la parte inferior de la puerta de la celda. Había un espacio de unas dos pulgadas, entre la reja inferior y el suelo. Entonces, sin perder de vista ese espacio, La Máquina Pensante se dirigió a la esquina en que había visto a las ratas. Hubo un ruido de carrera apresurada, unos chillidos de roedores asustados, y después, silencio. Ninguna de las ratas había escapado por la puerta, y, sin embargo, todas habían huído de la celda. Eso significaba que tenía que haber otra salida, por pequeña que fuera. Arrodillado en el suelo. La Máquina Pensante empezó a buscar la salida, recorriendo las paredes en la oscuridad con sus dedos delgados.

Finalmente, encontró lo que buscaba. Era un pequeño hueco en el suelo, al nivel de la pared, perfectamente redondo y algo más grande que un dólar de plata. Por allí habían salido las ratas. Introdujo los dedos en el hueco que estaba seco y polvoriento. Parecía ser una tubería en desuso.

Después volvió a sentarse en la cama, durante una hora. Y a continuación se asomó nuevamente a la ventana. Uno de los guardias, parado frente a él, lo miró. Pero el sabio no se fijó en él.

Llegó el mediodía siguiente y apareció el carcelero con el almuerzo de la prisión. Era desagradable, pero La Máquina Pensante, que se lo comía para subsistir, lo recibió sin comentario. Mientras comía, conversó con el carcelero.

—¿Se han hecho algunas mejoras en los últimos años en la cárcel? —preguntó.

—Nada de importancia —repuso el carcelero—. La muralla nueva fué construida hace cuatro años.

—¿Y en el edificio mismo?

—Se pintaron las puertas y ventanas, y creo que se cambiaron las cañerías de agua, hace siete años.

—¡Ah! —dijo el preso—. ¿A qué distancia está el río?

—A unos cien metros. Hay una cancha de béisbol entre la muralla y el río.

La Máquina Pensante no dijo nada más, pero cuando el carcelero se iba le pidió agua.

—Siento mucha sed —explicó—. ¿Sería posible que usted me dejara un poco de agua en una jarra?

—Consultaré al alcaide —dijo el carcelero, y se fué.

Media hora después regresó trayendo agua en una pequeña jarra de arcilla.

—El alcaide dice que puede quedarse con la jarra —informó al preso—. Pero debe mostrármela cuando se la pida. Si la rompe, no le daremos otra.

—Gracias —dijo La Máquina Pensante—. No la romperé.

El carcelero se retiró. Por un momento pareció que La Máquina Pensante quería preguntarle algo, pero no lo hizo.

Dos horas más tarde, pasando frente a la puerta de la celda número 13, el mismo carcelero oyó un ruido en su interior y se detuvo.

La Máquina Pensante estaba arrodillado en una esquina, desde la cual se oían chillidos.

—Ya te tengo —oyó el carcelero que decía el preso.

—¿Qué cosa tiene? preguntó.

Una de estas ratas —repuso Van Dusen—. ¿Ve? —y entre las manos del sabio, el carcelero vio una pequeña rata gris que se debatía. El preso la llevó hasta la luz y la examinó atentamente.— Es una rata de agua —dijo.

—¿No tiene nada mejor que cazar ratas? —preguntó el carcelero.

—Es una vergüenza que estén aquí —dijo con indignación el preso—. Llévase la y mátele. Hay docenas más.

El carcelero tomó en sus manos al roedor y lo arrojó violentamente al suelo, donde dió un chillido y murió. Más tarde informó al alcaide, que se limitó a sonreír.

Esa misma tarde, el guardia de la muralla miró hacia la celda 13 y vió al preso asomado a la ventana. Le vió levantar una mano y dejar caer algo blanco al suelo. Era un pequeño rollo de tela, evidentemente arrancado de la camisa y atado a un billete de cinco dólares. Cuando miró nuevamente hacia la ventana, el preso se había retirado. Con una sonrisa, el guardia recogió el paquetito y lo llevó a la oficina del alcaide. Allí éste descifró algo escrito en la tela, con una tinta rara. En la parte exterior decía: "Quien encuentre esto, sírvase en tregarlo al doctor Charles Ransome".

—¡Ah! —dijo el alcaide, riendo—. Fracaso del primer plan de fuga. —Y después de pensar un poco, agregó—: Pero, ¿por qué se lo dirigió al Dr. Ransome?

—¿Y de dónde sacó la pluma y la tinta para escribirlo? —preguntó el guardia.

El alcaide y el guardia se miraron. No había solución para ese misterio. El primero estudió atentamente lo escrito y movió la cabeza.

—Bien. Veamos qué quería decirle al doctor Ransome. —Y desenrolló el pedazo de género. En él, Van Dusen había escrito: "Rapa cse osne ipom ocisa seo. N"

El alcaide pasó una hora tratando de descubrir de qué clase de clave se trataba, y otros treinta minutos preguntándose por qué el preso intentaba comunicarse con el doctor Ransome, que era la causa de que él estuviera encerrado. Después pensó en cómo el preso había obtenido material para escribir y cómo era ese material. Para hacerse una idea de

esto último, volvió a examinar el lienzo. Era parte de una camisa blanca rota con las manos.

Sin embargo, seguía siendo un misterio con qué había escrito el mensaje. El alcaide sabía que La Máquina Pensante no tenía ni pluma ni lápiz, y, además, la escritura no era ni de pluma ni de lápiz. ¿Con qué había escrito entonces? El alcaide decidió investigar personalmente. La Máquina Pensante estaba preso en la cárcel que él dirigía. El tenía orden de retener a sus presos; si éste trataba de escapar, enviando mensajes cifrados a personas ajenas a la cárcel, tenía que impedirlo, como lo habría hecho en cualquier otro caso.

El alcaide fué a la celda N° 13 y encontró allí a La Máquina Pensante arrodillado en el suelo, dedicado a la poca alarmante tarea de cazar ratas. El preso, al sentirlo entrar, se volvió.

—Es vergonzoso —le dijo— Hay docenas de ratas.

—Otros presos las han soportado —contestó el alcaide—. Aquí tiene otra camisa. Déme la que tiene puesta.

—¿Por qué? —preguntó La Máquina Pensante, con un tono que denotaba inquietud.

—Usted ha tratado de comunicarse con el doctor Ransome —le dijo el alcaide—. Tengo el deber de impedirlo.

La Máquina Pensante permaneció en silencio un momento; y después contestó:

—Bien. Cumpla con su deber.

El preso se levantó y se quitó su camisa blanca, poniéndose en lugar de ella una camisa a rayas uniforme de la cárcel que le había traído el alcaide. Esté tomó la camisa blanca y comparó todo el trozo de lienzo en que estaba escrito el mensaje con un pedazo que faltaba a la camisa. La Máquina Pensante lo miró curiosamente.

—Claro —contestó el alcaide, triunfalmente—. Y así termina su primera tentativa de fuga. ¿Con qué escribió este mensaje?

—Me parece que es parte de su deber el descubrirlo...

El alcaide tuvo en el borde de la lengua una réplica dura, pero se contuvo, y en seguida revisó cuidadosamente la celda y el preso. No encontró nada. Ni siquiera un fósforo o un mondadientes que pudiera haber sido empleado como pluma. El mismo misterio rodeaba el flúido con que había sido escrito el mensaje. Aunque el alcaide se retiró de la celda N° 13 visiblemente molesto, llevó consigo, con alegría, la camisa rota.

"Bien. El escribir notas sobre una camisa no le va a servir mucho —se dijo, con cierta complacencia. Puso el trozo de lienzo en su escritorio, rió y agregó—: Si ese hombre escapa de esa celda, renuncio".

Al tercer día de su encarcelamiento, La Máquina Pensante trató de escapar, sobornando a un guardia. El carcelero le trajo la comida, y mientras esperaba, apoyado en la reja, el preso empezó a hablar con él.

—¿Las tuberías del alcantarillado van hacia el río, no es cierto? —preguntó.

—Sí repuso el carcelero.

—¿Supongo que son muy pequeñas?

—Demasiado para salir por ellas, si es en lo que estaba pensando usted —respondió el guardia, riéndose.

La Máquina Pensante terminó en silencio su comida. Después preguntó:

—¿Usted sabe que yo no soy un criminal, verdad?

—Sí.

—¿Y que tengo perfecto derecho a salir libre si lo pido?

—Sí.

—Bien, Yo me dejé encerrar,

creyendo que podría escapar. ¿Aceptaría usted una recompensa económica para ayudarme a huir?

El carcelero, que era un hombre honrado, miró la figura débil y delgada del preso, su gran cabeza cubierta de cabello amarillo y sintió casi lástima.

—Es difícil que una persona como usted escape de una cárcel como ésta —declaró finalmente.

—Pero usted. ¿estudiaría una proposición para ayudarme a salir? —insistió el preso.

—No —respondió el guardia secamente.

—Quinientos dólares —dijo La Máquina Pensante.

—No. —volvió a decir el carcelero.

—Mil dólares...

—No. —Y el carcelero se alejó apresuradamente para alejar la tentación. Después se volvió y dijo—: Aunque me diera diez mil dólares, no podría ayudarlo a escapar. Usted tendría que pasar siete puertas y yo sólo tengo llave para dos.

Después le contó al alcaide lo que había sucedido.

—Falló el plan número dos —dijo el alcaide, sonriendo—. Primero un mensaje en clave, después soborno.

Cuando el guardia volvió a la celda N° 13, a las seis de la tarde, llevando nuevamente comida para La Máquina Pensante, se detuvo sorprendido por el sonido de acero raspando acero. Este cesó al oír sus pisadas. Y el guardia volvió a andar, haciendo intencionalmente ruido, pero sin alejarse del mismo sitio. Un momento después se reanudó el raspado. El carcelero se acercó cautelosamente sin hacer ruido, y miró por la reja. La Máquina Pensante estaba de pie sobre la cama de hierro, serruchando con una lima las barras de la pequeña ventana.

Sin hacer ruido, el carcelero volvió a la oficina. Llamó al alcaide y ambos volvieron a la celda N° 13. Seguía oyéndose el mismo sonido. El alcaide escuchó un momento, y después asomó repentinamente a la puerta.

—¿Bien? —preguntó riéndose.

La Máquina Pensante se volvió brusco y salió de la cama, esforzándose por ocultar algo. El alcaide entró con la mano extendida.

—Entrégumelo —dijo.

—No —dijo el preso.

—Vamos... Entrégumelo. No quiero hacer que lo registren.

La Máquina Pensante permaneció en silencio mirando con desaliento al alcaide. Este dijo, casi con simpatía.

—Lástima que haya fallado el plan número tres. ¿verdad?

Y ante el silencio del preso, agregó:

—Regístrerlo.

Escondido en el cinturón de La Máquina Pensante encontró un trozo de acero de unas dos pulgadas de largo, curvo en un costado, como una media luna.

—¡Ah! —dijo el alcaide al recibirlo—. De sus tacones, eh? —y volvió a sonreír.

El carcelero siguió registrando al preso, y en otro sitio del cinturón encontró un segundo trozo de acero, idéntico al primero. Sus bordes indicaban que había sido desgastado frotándolo contra los barrotes de la ventana.

—No habría podido cortarlas con esto —dijo el alcaide.

—Sí. Habría podido —repuso La Máquina Pensante.

—Quizás en seis meses... —sonrió el alcaide.

Después movió la cabeza, miró fijamente al preso y preguntó:

—¿Quiere darse por vencido?

—Todavía no he empezado —contestó La Máquina Pensante.

El alcaide y el carcelero volvieron a registrar cuidadosamente la celda, llegando a deshacer la cama. No encontraron nada. El pri-

mero, personalmente, se sumó a la cama y examinó los barrotes que el preso había estado serruchando.

—Están intactos —dijo. Los tomó con sus fuertes manos y trató de moverlos. No pudo. Los examinó uno por uno. Y finalmente se bajó de la cama—. Ríndase, profesor —aconsejó.

La Máquina Pensante hizo un gesto negativo, y alcaide y guardia se retiraron. Al alejarse, vieron a La Máquina Pensante sentado en la cama, tomándose la cabeza con las manos.

—Es una locura tratar de escapar de esa celda —dijo el guardia.

—Claro que no podrá hacerlo —dijo el alcaide—. Pero es inteligente. Quisiera saber con qué escribió ese mensaje.

A las cuatro de la mañana se oyó un terrible aullido de terror en la gran prisión. Provenía de una celda en la parte central de la cárcel, y su tono indicaba un terrible miedo. El alcaide lo oyó, y con tres de sus hombres partió a lo largo del corredor que llevaba a la celda N° 13. Mientras corrían oyeron nuevamente el horrible grito que terminó con una especie de quejido. Rostros pálidos de presos se asomaban a las rejas de otras celdas mirando con temor.

—Es ese idiota de la celda 13 —gruñó el alcaide. Se detuvo y miró con asombro, mientras uno de los guardas encendía una linterna. "Ese idiota de la celda 13" estaba cómodamente tendido en su cama y roncaba con la boca abierta. Mientras lo miraban, volvió a escucharse el grito desde una celda del piso superior. El alcaide palideció y subió corriendo la escalera. Arriba encontró a un hombre en la celda 43, colocada inmediatamente encima de la 13, pero separada de ella por dos pisos acurrucado en un rincón de la pieza.

—Gracias a Dios que han llegado —exclamó, abalanzándose hacia la reja.

—¿Qué pasa? —preguntó el alcaide.

El preso cayó de rodillas y se abrazó a él. Estaba blanco de terror. Con los ojos dilatados y temblando. Sáquenme de esta celda, por favor... —rogó.

—¿Qué diablos le sucede? —insistió el alcaide, con impaciencia.

—Escuché algo —dijo el preso, mirando a su alrededor.

—¿Qué oyó?

—No puedo decirlo... —tartamudeó el preso, que agregó en seguida aterrorizado—: Sáquenme de esta celda; pónganme en cualquier parte, pero sáquenme de aquí.

El alcaide y los tres guardias se miraron.

—¿Quién es este individuo y de qué se le acusa? —preguntó el alcaide.

—Es Joseph Ballard —dijo uno de los guardias—. Mató a una mujer arrojándole ácido a la cara.

—Pero no lo han podido probar —dijo el preso; e insistió—. Por favor, llévenme a otra celda.

Seguía aferrándose al alcaide, que lo alejó de sí bruscamente.

—Mirá Ballard —dijo finalmente—. Si has oído algo, quiero saber qué es. Dímelo.

—No puedo, no puedo... —contestó el preso sollozando.

—¿De dónde salía?

—No sé. De todas partes...

—¿Qué era? ¿Una voz?

—Por favor no me haga constatar... —contestó el preso.

—Tienes que contestar.

—Era una voz..., pero..., pero no era humana.

—¿Una voz que no era humana? —preguntó el alcaide, intrigado.

—Parecía venir de lejos... Era

sorda y... fantasmal —explicó el preso.

—¿Venía de adentro o de afuera de la cárcel?

—No salía de ninguna parte. Estaba aquí, en todas partes. La oi, la oi.

Durante toda una hora el alcaide trató de obtener más datos, pero Ballard, obstinadamente, se negó a hablar. Sólo pidió que lo pusieran en otra celda, o que un guardia se quedara con él toda la noche. Ambas peticiones fueron rechazadas.

—Y si vuelves a gritar —dijo el alcaide— te encerraré en solitaria.

Después se fué denotando preocupación. Ballard permaneció en su reja hasta el amanecer, con la cara blanca, apretada contra los barrotes.

Ese día, el cuarto desde que La Máquina Pensante había sido encerrado, fué agitado. El preso voluntario pasó la mayor parte del tiempo asomado a su pequeña ventana. Temprano, lanzó otro pedazo de lienzo al guardia, que lo recogió y se lo llevó al alcaide. En él La Máquina Pensante había escrito: "Sólo faltan tres días". El alcaide lo consideró solamente un gesto de jactancia, pero subsistía el misterio de cómo había sido escrito. ¿Dónde había conseguido La Máquina Pensante otro pedazo de lienzo? Era blanco y fino y parecía arrancado de una camisa. El alcaide tomó la camisa que había quitado al preso y la comparó con el nuevo mensaje. Era del mismo género, pero no había sido arrancado de ella.

—¿Y de dónde saca material para escribir? —volvió a preguntarse el alcaide.

Algo más tarde, La Máquina Pensante se asomó a la ventana y le preguntó al guardia armado que custodiaba el patio.

—¿Qué día es hoy?

—Quince —contestó el guardia.

La Máquina Pensante hizo un cálculo mental y dedujo que la luna saldría después de las nueve de la noche. Después preguntó:

—¿Quién atiende los reflectores?

—Un hombre de la compañía.

—¿No hay electricistas en el edificio?

—No.

—Me parece que sería más económico que hubiera uno...

—Eso no es asunto mío —contestó el guardia.

El guardia vió varias veces a La Máquina Pensante asomado a la ventana de su celda. Y con el tiempo se acostumbró a verlo allí. Había notado muchas veces en otros presos la misma costumbre. Era la expresión del ansia de libertad. Por la tarde, al hacerse el cambio de guardia, volvió a asomarse el preso a la ventana y lanzó por ella un billete de cinco dólares.

—Es para usted —dijo.

El guardia se lo llevó al alcaide, que lo miró sospechosamente, lo mismo que hacía con todo objeto salido de la celda 13.

—Dijo que era para mí —explicó el guardia.

—Es una propina —dijo el alcaide—. No veo por qué usted no pueda aceptarla...

De pronto se detuvo. Había recordado que La Máquina Pensante tenía al entrar a la celda 13 un billete de cinco dólares y dos de diez. Veinticinco dólares en total. El primer mensaje arrojado desde la celda había llevado consigo un billete de cinco dólares que el alcaide conservaba todavía. Lo sacó del escritorio para convencerse. Sin embargo, aquí apareció otro billete igual y el preso sólo debía tener billetes de diez dólares.

"Quizás alguien le dió cambio..." pensó. De todos modos

decidió registrar la celda 13 otra vez y con cuidado extremo. Había algo malo en la prisión si un recluso podía escribir sin tinta, cambiar dinero y realizar otras cosas inexplicables. Decidió entrar en la celda de noche, a las tres de la mañana. El preso tenía que hacer todas esas cosas raras en algún momento, y lo más lógico era suponer que lo hiciera de noche.

Así fué que el alcaide llegó a la celda 13 a las tres de la mañana. Se detuvo en la puerta y escuchó. No se oía nada fuera de la respiración regular y constante del preso. Abrió la doble cerradura sin hacer ruido y entró, cerrando tras sí la puerta. De repente encendió la linterna e iluminó la cara del preso. Si había pensado asustar a La Máquina Pensante, se equivocó, porque éste se limitó a abrir los ojos tranquilamente, ponerse los anteojos y preguntar en tono sereno:

—¿Quién es?

Sería inútil describir el registro que le hizo el alcaide. No descubrió ni una pulgada de la celda ni de la cama. Encontró el hueco redondo, en el suelo, y metió los dedos por él. Después de un momento los sacó, llevando algo en ellos. Algo que arrojó con un gesto de desagrado. Lo que había sacado era una rata muerta. Pero siguió buscando. La Máquina Pensante, en silencio, se levantó y echó la rata al corredor. El alcaide se subió a la cama y probó los barrotes de la ventana, encontrándolos perfectamente rígidos. Lo mismo hizo con los barrotes de la puerta. En seguida registró las ropas del preso, comenzando por los zapatos. No había nada escondido en ellos. En el bolsillo del pantalón encontró cinco billetes de un dólar.

—¿De un dólar! —dijo, mostrándosele al preso.

—Así es —contestó éste.

—Pero usted tenía dos de a diez y uno de a cinco... ¿Cómo pudo cambiarlos?

—Eso es asunto mío.

—¿Me da su palabra de honor de que ninguno de los guardias le ha dado cambio?

La Máquina Pensante meditó un momento:

—Se la doy.

—¿Y cómo pudo hacerlo? —preguntó el alcaide, dispuesto a creer cualquier cosa.

—Ese es asunto mío —volvió a decir el preso.

El alcaide miró al sabio con gesto de ira. Sabía que se estaba burlando de él, pero no podía descubrir cómo. Ninguno de los dos habló durante un rato. Hasta que el alcaide volvió la espalda bruscamente, saliendo de la celda con un golpe de la puerta. Miró el reloj. Faltaban diez minutos para las cuatro. Apenas se había instalado en la cama, cuando el alllido de terror volvió a escuchar en toda la prisión. Murmurando unas palabras que, aunque poco elegantes, eran muy expresivas, encendió otra vez su linterna y corrió hasta la celda del último piso.

Nuevamente estaba Ballard con el rostro pegado a los barrotes y gritando con todas sus fuerzas. Sólo se calló al ver la linterna del alcaide.

—Sáqueme de aquí; sáqueme de aquí. Yo fui, yo la maté. Pero déjeme salir de aquí.

Su estado era lamentable. El alcaide lo dejó salir al corredor. Allí quedó acurrucado en un rincón, como un animal perseguido, tapándose los oídos con las manos. Tardaron media hora en tranquilizarlo. Entonces dijo en forquizarlo. Entonces dijo en forma incoherente lo que había sucedido. La noche anterior, a las cuatro de la mañana, había escuchado una voz, una voz sepulcral, llorosa y lejana.

—¿Qué decía? —preguntó el alcaide.

—Acido, ácido... —suspiró el preso—. Me estaba acusando. Acido. Yo arrojé el ácido y la mujer murió.

Y, estremeciéndose, volvió a aullar de terror.

—¿Acido? —preguntó el alcaide, extrañado.

—Sí; ácido. Eso fué lo único que pude entender. Esa sola palabra, repetida varias veces. También decía otras cosas, pero no las comprendí.

—Eso fué anoche —dijo el alcaide—. ¿Qué pasó esta noche?

—Lo mismo. Acido, ácido. —Se cubrió el rostro con las manos y tembló—. Yo le arrojé ácido, pero sin intención de matarla. La voz me estaba acusando. Yo lo hice.

—¿Oyó algo más?

—Sí, pero no comprendí nada. Sólo unas palabras sueltas.

—¿Qué palabras?

—Oí "ácido" 3 veces. Después un quejido. En seguida, "sombbrero número ocho". Eso lo escuché dos veces.

—¿Qué quieres decir? Sombbrero número ocho...

En toda la experiencia del alcaide, nunca había oído hablar de una voz acusadora que mencionara un sombrero 8.

—Está loco —dijo un guardia.

—Debe estarlo —repuso el alcaide—. Mírelo cómo tiritá. Sombbrero ocho... ¿Qué diablos!

En el quinto día del encierro de La Máquina Pensante, el alcaide era un hombre cansado. Deseaba ardientemente que terminara el experimento. Tenía la sensación de que su ilustre prisionero estaba burlándose de él, pero no comprendía cómo. Y La Máquina Pensante, para terminar de desconcertarlo, lanzó otro mensaje por la ventana. Era un trozo de lienzo, como los anteriores, que llevaba escritas las palabras: "Sólo faltan dos días". Además, arrojó una moneda de medio dólar.

El alcaide sabía con certeza absoluta que el preso de la celda número trece no tenía monedas. No podía tenerlas, como tampoco podía tener lienzo, pluma ni tinta, y, sin embargo, los tenía. Era un hecho, no una teoría. Y ése era uno de los motivos de que el alcaide se sintiera cansado.

Además, recordaba con preocupación la extraña historia de Ballard. Las palabras "Acido" y "Sombbrero número ocho". No tenían sentido, eran sólo los desvaríos de un asesino loco, que había sido empujado hasta la confesión por sus propias alucinaciones, pero, de todos modos, estaban sucediendo demasiadas cosas "sin sentido" en la prisión desde que La Máquina Pensante estaba encerrado en ella.

El sexto día, el alcaide recibió una postal del doctor Ransome y Mr. Fielding, anunciándole que ambos llegarían la noche siguiente, y que, en caso de que el profesor Van Dusen no hubiera escapado —y suponían que no lo había hecho, ya que no habían tenido noticias de él—, se reunirían allí con él.

"En caso de que no hubiera escapado". ¡Escapar! El alcaide sonrió rabiosamente.

La Máquina Pensante dió motivos de distracción para el alcaide, arrojándole ese día tres mensajes. Iban escritos sobre el lienzo acostumbrado y se referían a la reunión de las 8.30 de la noche del jueves, concertada por el sabio al ser encerrado.

En la tarde del séptimo día, el alcaide pasó por la celda número 13 y miró a su interior. La Máquina Pensante estaba acostado en la cama, durmiendo, al parecer. La celda no parecía haber cambiado en forma alguna. El alcaide juró que nadie podría salir de ella en las horas que faltaban

para la reunión de las ocho y media.

A las seis de la tarde llamó al carcelero.

—¿No hay novedad en la celda número 13? —preguntó.

—Ninguna, señor —contestó el guardia—. Pero el preso comió muy poco.

Con la agradable sensación del deber cumplido, el alcaide recibió en su oficina, a las siete de la tarde al Dr. Ransome y Mr. Fielding. Tenía la intención de mostrarles los trozos de lienzo y hacerles una relación detallada de todo lo ocurrido, pero, antes que pudiera hacerlo, entró el guardia que custodiaba la muralla que daba al río.

—El reflector de mi lado no funciona, señor —dijo.

—¡Maldita sea, desde que ese hombre está aquí, todo marcha mal! —exclamó el alcaide.

El guardia volvió a su puesto en plena obscuridad, y el alcaide llamó a la compañía de electricidad.

—Habla la cárcel de Chisholm —dijo—. Manden a arreglar pronto un reflector que se ha descompuesto.

Después salió al patio. Mientras sus visitantes esperaban, entró el guardia de la puerta exterior con una carta urgente. El doctor Ransome miró la dirección del sobre y al salir el guardia lo examinó más atentamente.

—¡Demonio! —exclamó.

—¿Qué sucede? —preguntó Fielding.

Sin contestar, el doctor le entregó la carta. Fielding la estudió con atención.

—Tiene que ser una coincidencia —dijo.

Eran casi las ocho de la noche cuando regresó el alcaide a su oficina. Los electricistas habían llegado en una camioneta y estaban trabajando en el patio. El alcaide llamó al guardia de la puerta exterior.

—¿Cuántos electricistas entran? —le preguntó.

—Cuatro. Tres obreros y el jefe.

—Muy bien. Cérciense de que sólo salen cuatro.

Se volvió al Dr. Ransome y a Mr. Fielding y agregó con tono sarcástico:

—Tenemos que ser muy cuidadosos... especialmente desde que tenemos sabios encerrados aquí.

Tomó la carta urgente de su mesa y empezó a abrirla.

—Perdóneme un momento. Después que lea esto les contaré... ¡Diantres! —se quedó con la boca abierta, inmóvil, mirando la nota.

—¿De qué se trata? —preguntó Fielding.

—Una carta procedente de la celda 13 invitándonos a cenar.

—¿Cómo dice?

Los otros dos se pusieron de pie simultáneamente.

El alcaide miró un momento más la carta y después, llamando a un guardia, exclamó:

—¡Vaya inmediatamente a la celda N° 13 y compruebe si el preso está en ella!

Mientras tanto los dos visitantes examinaban la nota.

—No hay duda —dijo Ransome— de que se trata de la letra de Van Dusen.

En ese momento sonó el timbre del teléfono y el alcaide lo levantó.

—¿Aló? ¿Hay dos reporteros que quieren entrar? Muy bien. Déjelos pasar.

Se volvió al médico y a Mr. Fielding y agregó:

—No puede haber salido. Tiene que estar en su celda.

En ese momento volvió el guardia.

—Está acostado en su cama, señor. Lo acabo de ver.

—¿No les decía? —dijo el alcaide, volviendo a respirar tran-

quilamente—. ¿Pero como envié esa carta?

Otro guardia, abrió la puerta de acero que comunicaba la oficina con el patio e hizo entrar a los dos periodistas.

—Buenas noches, señores —dijo uno. Era Hutchinson Hatch a quien el alcaide conocía bien.

—¿Bien? —dijo el otro con tono de irritación—. ¡Aquí estoy.

—Era La Máquina Pensante. Miró un rato belicosamente al alcaide, que lo contemplaba con la boca abierta y sin decir nada.

El doctor Ransome y Mr. Fielding denotaban también asombro, pero no conocían todo lo que había sucedido en esos días. Estaban sólo extrañados. El alcaide estaba paralizado. Por su parte, el reportero Hatch tomaba notas.

—¿Cómo pudo hacerlo? —balbuceó el alcaide, finalmente.

—Acompañeme a la celda —dijo La Máquina Pensante, con la voz irritada que sus amigos conocían tan bien.

El alcaide, siempre sin hablar, lo siguió.

—Ilumine el interior —dijo La Máquina Pensante. El alcaide lo hizo. No había nada extraño dentro de la celda y sobre la cama estaba la figura de La Máquina Pensante con el mismo cabello amarillo. Con manos temblorosas el alcaide abrió la puerta y Van Dusen entró.

—Mire— le dijo. Empujó con el pie los barrotes inferiores de la puerta, y cuatro de ellos se separaron de su lugar.— Y aquí también —agregó subiéndose a la cama para alcanzar la pequeña ventana. Pasó la mano por ella y los barrotes cayeron al suelo.

—¿Qué es lo que hay en la cama? —preguntó el alcaide, que se iba recuperando poco a poco.

—Una peluca —le contestó el sabio—. Saque la sábana.

El alcaide lo hizo. Debajo de ella había un rollo de sogas de unos diez metros de largo, un cuchillo, tres limas, tres metros de cable eléctrico, un alicate, un pequeño martillo y una pistola.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó el alcaide.

—Recuerden que están invitados a cenar conmigo a las nueve y media. Vamos a mi casa o se enfriará la comida.

—Pero, cómo pudo hacerlo? —insistió el alcaide.

—No pretenda nunca retener a un hombre que sepa usar su cerebro —dijo La Máquina Pensante—. Vamos...

Los invitados del profesor Van Dusen estaban silenciosos e impacientes. Eran el Dr. Ransome, Alfred Fielding, el alcaide y el periodista Hutchinson Hatch. La comida fué servida puntualmente de acuerdo con las instrucciones dadas por el profesor una semana antes. El Dr. Ransome encontró deliciosas las alcachofas. Finalmente fué servido el postre y La Máquina Pensante se volvió con una mirada dominante hacia Ransome.

—¿Lo cree ahora? —preguntó.

—Sí —contestó Ransome.

—¿Reconoce que fué una prueba justa?

—Sí.

—Espero que nos dirá ahora... —comenzó a decir Fielding.

—Sí. Explíquenos —dijo el alcaide.

La Máquina Pensante se colocó bien los anteojos. Echó una mirada sobre su público y comenzó.

—Mi convenio fué —dijo— en traer a una celda llevando conmigo sólo la ropa puesta y salir de la celda dentro del plazo de una semana. Nunca había estado en la prisión de Chisholm. Al ingresar a ella pedí polvo dentífrico, dos billetes de diez dólares y uno de cinco, y también solicité que me lustraran los zapatos. Si no

me lo hubieran concedido no habría importado mucho, pero ustedes lo aceptaron.

—Sabía que no habría en la celda nada que, en opinión de ustedes, yo pudiera usar para escapar de ella. De modo que cuando el alcaide cerró la puerta, yo estaba aparentemente impotente, a menos que pudiera emplear tres objetos en apariencia inocentes. Eran cosas que ustedes habrían permitido tener a un condenado a muerte. ¿No es verdad, alcaide?

—El dentífrico y los zapatos lustrados, sí —dijo el alcaide—. Pero no el dinero...

—Cualquier cosa es peligrosa en manos de un hombre que sepa cómo usarla —prosiguió La Máquina Pensante—. Aquella primera noche me limité a dormir y cazar ratas. Cuando se trató el caso, yo sabía que no podría hacer nada la primera noche, y por eso sugerí que la prueba comenzara al día siguiente. Ustedes creyeron que yo quería ganar tiempo para organizar una fuga con ayuda exterior, pero no era así. Yo bien sabía que podría comunicarme con quien quisiera y cuando quisiera.

El alcaide lo miró un momento y después siguió fumando con aire solemne.

—A las seis de la mañana siguiente me despertó el carcelero con mi desayuno —siguió diciendo el sabio—. Me dijo que el almuerzo sería servido a las doce y la comida a las seis. Y deduje que entre esas horas me dejarían relativamente tranquilo. De modo que inmediatamente después del desayuno me dediqué a estudiar el exterior de la cárcel desde mi ventana. Bastó una mirada para convencerme de que seré inútil tratar de escalar la muralla aun en el caso de que decidiera escapar por la ventana. Porque mi objeto era salir no sólo de la celda, sino de la prisión. Claro está que también habría podido salir por la muralla, pero habría tardado más. Por eso, por el momento, descarté esa idea.

—Desde mi primera observación supe que el río estaba en ese costado de la cárcel y que también había allí un campo de juegos. Más tarde, un guardia me lo confirmó. Sabía ya una cosa importante. Que cualquiera podría aproximarse a la muralla por ese costado sin atraer la atención de los vigilantes. Convenía recordarlo y yo lo recordé.

—Pero lo que más me interesó del exterior fué el cable del reflector que pasaba aproximadamente a un metro de mi ventana. Comprendí que eso sería importante en caso de que yo encontrara necesario cortar la luz.

—¿Así que fué usted quien la cortó esta noche? —dijo el alcaide.

—Habiendo obtenido todos los datos posibles desde la ventana —siguió La Máquina Pensante sin atender a la interrupción—, pasé a estudiar la idea de escapar a través de la prisión misma. Recordé el camino que había recorrido para entrar a la celda. Había siete puertas entre ésta y la libertad. Por eso, y también por el momento, descarté la idea de salir por ese lado. Y no podía escapar a través de las sólidas paredes de granito de la celda.

La Máquina Pensante hizo una nueva pausa y el Dr. Ransome encendió un puro. Hubo unos minutos de silencio: después el sabio prosiguió:

—Mientras pensaba en estas cosas, una rata pasó frente a mis pies y me sugirió nuevas ideas. Había por lo menos media docena de ellas en la celda, y, sin embar-

go, yo no las había visto entrar por la puerta. Las asusté intencionalmente y vigilé la reja para ver si salían por ahí. Huyeron, pero no por la puerta. Eso significaba que había otra entrada.

—La busqué y la encontré. Era una vieja tubería de alcantarilla en desuso por mucho tiempo y parcialmente tapada de polvo y basura. Pero por allí habían venido las ratas. ¿Desde dónde? Generalmente los desagües dan al exterior de la cárcel, éste desembocaba en el río cerca de él; por lo tanto, las ratas debían proceder de esa dirección. Si venían de allí, era lógico suponer que lo hacían desde afuera, ya que era muy poco probable que una cañería tuviera ninguna abertura, excepto en su extremo.

—Al traerme el almuerzo el carcelero me dio dos datos de importancia, aunque él no lo sabía. Uno de ellos fué que se había instalado un nuevo sistema de desagüe en la cárcel siete años antes; el otro, que el río estaba a cien metros de distancia. Así me enteré de que la tubería formaba parte del sistema antiguo y que desembocaba en el río. Pero, ¿terminaría dentro del agua o en tierra? Este era el próximo punto que tenía que decidir. Lo hice cazando varias de las ratas. El guardia se sorprendió de verme haciéndolo. Estudié por lo menos una docena de ellas. Estaban perfectamente secas; habían venido por la tubería y eran ratas de campo y no de casa, por lo tanto el otro extremo de la alcantarilla estaba en tierra y fuera de las murallas de la cárcel. Hasta aquí todo iba bien.

—Comprendí entonces que para poder trabajar tranquilamente en esa dirección, debía atraer en otro sentido la atención del alcaide. Como al entrar le había anunciado que me proponía escapar, la prueba resultaba más difícil, de modo que tenía que desviar su atención.

El alcaide lo miró con aire sombrío.

—En primer lugar, lo hice creer que estaba tratando comunicarme con usted, Dr. Ransome. Para eso escribí una nota en un trozo de lienzo arrancado de mi camisa, la dirigí a usted, le até un billete de cinco dólares y la arrojé por la ventana, sabiendo que el guardia la llevaría al alcaide. ¿La trajo consigo, alcaide?

El alcaide la sacó del bolsillo.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Léala de atrás para adelante.

El alcaide lo hizo así. La estudió un momento y después dijo sonriendo:

—No es así como pienso escapar.

—Sabía que esto interesaría a usted tal como lo hizo, y si conseguía descifrarlo, le resultaría más desconcertante aún.

—¿Con qué la escribió? —preguntó el Dr. Ransome, después de haber estudiado el mensaje y habérselo pasado a Mr. Fielding.

—Con esto —dijo La Máquina Pensante, extendiendo un pie. En él llevaba el zapato que había usado en la cárcel, pero que ya no estaba lustrado—. La pasta del zapato, humedecida con agua, fué mi tinta. La punta metálica del cordón me sirvió de pluma.

El alcaide soltó una carcajada, medio de alivio y medio de alegría.

—¡Formidable! —dijo—. Siga.

—Eso provocó un registro de mi celda, tal como me lo había imaginado. Desearía que el alcaide se acostumbrara a registrarla, para que con el tiempo, al no encontrar nada, se aburriera de hacerlo. Esto fué lo que sucedió finalmente.

El alcaide enrojeció.

—Se llevó la camisa blanca que

yo llevaba puesta y me dió una de uniforme de la cárcel. Estaba convencido de que los dos pedazos de la camisa que él tenía en su poder era lo único que faltaba de ella. Pero, mientras él registraba la celda, yo tenía otro pedazo de lienzo de unas nueve pulgadas cuadradas, enrollado dentro de la boca.

—¿Nueve pulgadas de camisa? —preguntó el alcaide—. ¿De dónde de las sacó.

—Las pecheras de todas las camisas de etiqueta tienen tres capas. Yo saqué la interior, dejando sólo dos. Sabía que usted no se daría cuenta.

Hubo una pequeña pausa y el alcaide miró a los demás comensales con un gesto avergonzado.

—Habiéndome deshecho del alcaide por el momento, al darle otro motivo de preocupación, di mi primer paso serio hacia la libertad —dijo Van Dusen—. Sabía que la tubería desembocaba en el campo de juegos; imaginaba que en éste habría numerosos niños jugando. Sabía que las ratas entraban y salían por ahí de mi celda. ¿Podría comunicarme con alguien del exterior utilizando esos recursos?

—Comprendí que lo primero que necesitaba era un hilo largo y firme.

Levantó las piernas de su pantalón y mostró los calcetines. La parte superior de ambos, de hilo delgado y fuerte, había desaparecido.

—Deshice la caña. Una vez que empecé no resultó difícil y me encontré con una gran cantidad de hilo que no se rompería fácilmente. Con la mitad del lienzo que me quedaba, escribí, trabajosamente eso sí, una carta explicando mi situación a este caballero —indicó a Hutchinson Hatch—. Sabía que me ayudaría por el valor de la noticia. Até firmemente a esa carta un billete de diez dólares...

—No hay mejor manera de atraer la atención! Y escribí en el lienzo: "Quien encuentre esta nota debe entregarla a Hutchinson Hatch, reportero del "Daily American", quien le entregará otros diez dólares". Faltaba en seguida hacer que la nota llegara al campo de juegos. Había dos maneras de hacerlo, pero yo elegí la mejor. Tomé una rata —ya estaba experto en capturarlas—, até la nota y el dinero firmemente a una pata, mi hilo a otra, y la solté en la tubería. Pensé que el natural temor del roedor lo haría correr sin descanso hasta llegar al exterior, donde se detendría probablemente a liberarse con los dientes del lienzo y el dinero.

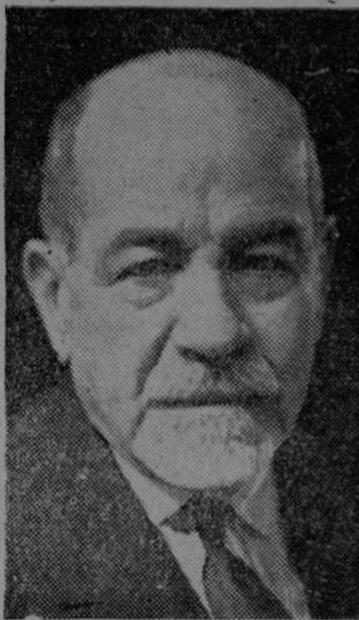
—Desde el momento en que la rata desapareció en la tubería comenzó para mí un período de ansiedad. Estaba corriendo muchos riesgos. Era posible que la rata rompiera el hilo, cuyo extremo tenía yo en mi poder. Podía suceder que otras ratas lo cortaran. Era posible también que la rata saliera de la tubería y siguiera corriendo, dejando la nota y el dinero donde nunca fueran encontrados. Había otro millar de posibilidades... Pasé varias horas de preocupación, pero el hecho de que la rata corriera hasta que sólo quedaban en mi celda unos pocos metros del hilo, me hizo suponer que había salido de la tubería. Yo había escrito de talladas instrucciones para Mr. Hatch, para el caso de que la nota llegara a su poder. Faltaba saber si llegaría.

—Hecho esto, sólo me restaba esperar y preparar otros planes para el caso de que fracasara éste. Intenté sobornar a mi carcelero y me enteré de que sólo tenía las llaves de dos de las siete puertas que me separaban de la libertad. Para poner nervioso al al-

HISTORIA DEL P

Por Rafael Obregón Loria

Segunda administración del licenciado Cleto González Viquez



Por segunda vez fué electo Presidente de la República el licenciado Cleto González Viquez, quien inició su periodo el 8 de mayo de 1928.

Designados a la Presidencia de la República en la segunda administración González Viquez

Como Designados a la Presidencia de la República, fueron nombrados los siguientes ciudadanos: licenciado Fabio Baudrit González Primer Designado; licenciado Francisco Ross Ramírez, Segundo Designado; y licenciado Andrés Venegas García, Tercer Designado.

Secretarios de Estado en la se-

obreros que acabábamos de entrar; cambiamos de ropa y volvimos a entrar, preguntando por usted. Eso fué todo.

Hubo un silencio de algunos minutos. El Dr. Ransome fué el primero en hablar.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Asombroso!

—¿Y cómo pudo Mr. Hatch entrar con los electricistas? —dijo Mr. Fielding.

—¡Ah! Su padre es el gerente de la compañía —respondió La Máquina Pensante.

—¿Y si no hubiera habido un Mr. Hatch que lo ayudara?

—Todo preso tiene algún amigo dispuesto a cooperar en su fuga.

—¿Suponga —dijo el alcaide— que no hubiera habido un sistema antiguo de alcantarillado?

—Descubrí otras dos maneras de escapar —dijo La Máquina Pensante, enigmáticamente.

Diez minutos más tarde sonó el teléfono y llamaron al alcaide.

—¿Está bien la luz? —dijo el alcaide, hablando por el fono—. Sí. Ya sé q' estaba cortado el alambre junto a la celda 13 ¿Cómo! ¿So

bra un electricista? —se volvió a los otros con un gesto de extrañeza—. Dice el guardia que dejó en

trar cuatro electricistas, que han salido dos y que quedan tres.

—El quinto soy yo —dijo La Máquina Pensante.

—¡Ah —dijo el alcaide—. Ya veo. —Se volvió al teléfono—. Dejen salir al quinto hombre.

gunda administración del licenciado Cleto González Viquez

Interesante es observar que este es el gobierno que en nuestra historia ha tenido mayor número de Secretarios de Estado. Veamos la lista:

Don Rafael Castro Quesada: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto hasta el 6 de abril de 1929. En esta fecha fué nombrado Secretario de Gobernación, Policía y Previsión Social. Del 28 de setiembre al 28 de diciembre de 1929 tuvo como recargo, por ausencia del titular señor Arias, las Carteras de Hacienda y Comercio. El 1º de abril de 1930 le fué aceptada la renuncia de su cargo.

Licenciado Luis Castro Ureña: Gobernación y Policía, hasta el 6 de abril de 1929 en que renunció.

Licenciado Juan Rafael Arias Bonilla: Hacienda y Comercio hasta el 22 de mayo de 1930. En esta fecha fué nombrado Secretario de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social. En enero de 1931 renunció.

Don Enrique Fonseca Zúñiga: Fomento y Agricultura hasta el 13 de marzo de 1929 en que renunció.

Doctor Solón Núñez Frutos: Salud Pública, Protección Social y Beneficencia (único Secretario de Estado que se mantuvo en su cargo el periodo entero).

Profesor Luis Dobles Segreda: Educación Pública hasta el 7 de noviembre de 1929 en que renunció.

Don Arturo Quirós Carranza: Seguridad Pública hasta el 29 de abril de 1932. Del 1º de abril al 22 de mayo de 1930 tuvo como recargo las Carteras de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social.

Don Roberto Smyth Pumarejo: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto del 6 de abril de 1929 al 22 de mayo de 1930 en que renunció.

Licenciado Arturo Volio Jiménez: Fomento y Agricultura del 6 de abril de 1929 al 22 de mayo de 1930 en que renunció.

Licenciado León Cortés Castro: Educación Pública, del 7 de noviembre de 1929 al 22 de mayo de 1930. En esta fecha fué nombrado Secretario de Fomento y Agricultura, cargo que renunció el 11 de noviembre siguiente.

Licenciado Octavio Beeche Argüello: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto, del 22 de mayo de 1930 al 18 de junio de 1931 en que renunció.

Licenciado Ricardo Fournier Quirós: Educación Pública, del 22 de mayo de 1930 al 13 de enero de 1931 en que renunció.

Don Carlos Aragón Ramírez: Hacienda y Comercio, del 27 de mayo de 1930 al 8 de enero de 1931 en que renunció.

Don Gregorio Escalante Echandi: Fomento y Agricultura del 11 de noviembre de 1930 al 19 de junio de 1931 en que renunció.

Don Tomás Soley Güell: Hacienda y Comercio del 8 de enero al 19 de junio de 1931 en que renunció.

Profesor Justo A. Facio de la

caíde, saqué los soportes de acero de mis tacones y pretendí limar con ellos los barrotes de mi ventana. Como lo esperaba, el alcaide vino a revisarlos y los encontró firmes. Lo estaban... entonces.

El alcaide volvió a sonreír. Ya había dejado de sentir asombro.

—Había hecho ya todo lo que podía. Sólo me restaba esperar... Y no me atrevía a recuperar el único hilo que me unía al exterior. Al acostarme aquella noche, no dormí por temor de que me pasara inadvertido el pequeño tirón del hilo con que Mr. Hatch debía indicarme que había recibido la nota. A las tres de la mañana lo sentí. Y puedo asegurar que ningún condenado a muerte sentió mayor alegría que yo en aquel momento...

La Máquina Pensante se volvió hacia el reportero.

—Es mejor que explique usted ahora lo que hizo.

—La nota me fué traída —dijo Mr. Hutchinson Hatch— por un niño que había estado jugando fútbol. De inmediato vi que podía ser una excelente noticia, de modo que le di otros diez dólares y compré varias carretillas de hilo, un poco de cuerda y un rollo de alambre liviano y flexible. La nota del profesor sugería que le pidiera al portador que me indicara exactamente dónde la había recogido, y agregaba que buscara allí el desagüe después de las dos de la mañana. Si lo encontraba, debía tirar levemente del hilo tres veces. Comencé la búsqueda con una pequeña linterna, y tardé una hora y veinte minutos en encontrar el desagüe oculto en la maleza. Ubiqué el extremo del hilo y tiré de él; recibí inmediatamente en respuesta otro tirón.

—Até a él el hilo que llevaba y el profesor Van Dusen lo atrajo hacia la celda; al extremo del hilo até el cordeel y en su extremo el alambre. Hecho eso, teníamos una firme línea de comunicación que las ratas no podían cortar.

La Máquina Pensante alzó la mano y Mr. Hutchinson Hatch se detuvo.

—En seguida —siguió diciendo el sabio—, intentamos otro experimento, para el cual estaba preparado Mr. Hatch. Probamos la tubería como medio de comunicación hablada. No podíamos oírnos con mucha claridad, pero no me atrevía a hablar fuerte para que no me oyeran los guardianes. Por fin conseguí que comprendiera lo que yo necesitaba. Le resultó muy difícil cuando le pedí ácido nítrico y tuve que repetir la palabra ácido varias veces.

—De pronto oí un grito desde una celda situada sobre la mía. Comprendí que alguien me había escuchado, y cuando sentí venir al alcaide, fingí que dormía. Si usted hubiera entrado a mi celda en ese momento, todo habría fracasado. Pero pasó de largo. Ese fué el momento de mayor peligro en todo el transcurso de la prueba.

—Es fácil comprender cómo, por ese conducto, hice entrar a la celda muchas cosas, y cómo podía hacerlas desaparecer a voluntad. Simplemente las dejaba caer otra vez en la tubería. Usted, señor alcaide, no podía llegar hasta el alambre con sus dedos. Son demasiado gruesos. Los míos, como puede apreciar, son más largos y delgados. Además, tapé el conducto con una rata muerta.

—Lo recuerdo —dijo el alcaide con un gesto de desagrado.

—Imaginé que si alguien se sentía tentado a investigar esa tubería, la rata enfriaría su entusiasmo. Hatch no podía enviarme nada útil hasta la noche siguiente, aunque me dió cambio de diez dólares. De modo que seguí adelan-

te con otras partes de mi plan. Y en seguida preparé el método de huida que finalmente utilicé. "Para ello era necesario que el guardia del patio se acostumbrara a verme asomado a la ventana. Lo logré arrojándole notas de lienzo de tono jactancioso para hacer que el alcaide creyera, si fuera posible, que uno de sus ayudantes estaba colaborando conmigo. Durante horas enteras permanecí en la ventana y a veces hablé con el guardia. Así pude saber que la cárcel no tenía electricistas propios, y que si algo se descomponía, tenía que acudir a la Compañía de Electricidad.

—Eso despejó por completo el camino hacia la libertad. Al anochecer del último día de mi encierro proyectaba cortar el cable del reflector con un alambre mojado en ácido que tenía en mi poder. Así ese costado de la cárcel quedaría en completa oscuridad mientras los electricistas buscaban el desperfecto, y así podría también entrar al patio Mr. Hatch.

—Quedaba sólo una cosa por hacer antes de empezar a poner en práctica mi plan. Arreglar los detalles finales con Mr. Hatch. Lo hice media hora después de haber salido el alcaide de mi celda, en la cuarta noche de mi encierro. Tuvimos dificultad en entendernos y nuevamente tuve que repetir la palabra ácido varias veces y la frase "sombbrero número ocho". Ello hizo que otro preso confesara un asesinato.

—Lógicamente el trabajo mismo de cortar los barrotes de la puerta y la ventana resultó relativamente fácil, teniendo ácido nítrico que recibí por la tubería en botella de lata. Hora tras hora, durante los días quinto, sexto y séptimo, el guardia podía verme asomado a la ventana, mientras en realidad estaba limando los barrotes con un alambre mojado en ácido. Utilicé el polvo dentífrico para impedir que el ácido se extendiera. Miraba absortamente hacia afuera mientras trabajaba. Me fijé en que los carceleros siempre probaban los barrotes por su parte superior, y nunca por abajo; por eso corté la parte inferior y los dejé unidos solamente por débiles tiras de metal. Pero eso no fué más que un poco de exhibicionismo, porque yo no pensaba escapar por ahí.

La Máquina Pensante permaneció en silencio varios minutos.

Creo que lo he explicado todo claramente —siguió—. Lo demás fué hecho solamente para confundir al alcaide y a los carceleros. Los objetos hallados en mi cama fueron introducidos solamente para complacer a Mr. Hatch, que quería que su artículo fuera más sensacional. Claro que la peluca era necesaria. Escribí la carta en mi celda con la lapicera fuente de Mr. Hatch, se la envié por la tubería y él la echó al correo. Creo que eso es todo.

—Pero... ¿y cómo salió de la cárcel y volvió a entrar en mi oficina por la puerta exterior?

—Muy sencillo —dijo el sabio—. Corté el cable de la luz con ácido. Sabía que tardarían algún tiempo en encontrar el desperfecto. Cuando el guardia entró a informarme que el patio estaba a oscuras, salí por la ventana, coloqué los barrotes en su sitio y permanecí en la sombra hasta que llegaron los electricistas. Mr. Hatch era uno de ellos. Al verlo le hablé y me entregó una gorra y un overall que me puse a corta distancia de usted, señor alcaide, mientras usted estaba en el patio. Después salimos junto con M. Hatch a buscar algo en la camioneta. El guardia no dejó pasar, puesto que éramos dos de los

PER EJECUTIVO EN COSTA RICA (30)

in Pública del
e diciembre de
Guardián Rojas:
Pública, Trabajo y
el 13 de enero
1931 en que re-

Baudrit Gon-
Policía, Tra-
Social desde el
1. A partir del
tuvo como re-
de Hacienda y

idas Pacheco
es Exteriores.
Culto, desde el
1.

Mayorga Rivas:
ltura, desde el
31.

tro Beeche: Se-
el 29 de abril al
32.

Estado en esta

jandro Aguilar
nes Exteriores.
Culto hasta prin-
del 26 de julio
de 1929 estuvo
el bacho.

reía Solano: Go-
ben Trabajo y Pre-
visión el 22 de mayo
de

Orlich Zamora:
Fmultura hasta el
22 de 30.

Liquin Fernández
Moneda y Comercio
hastiembre de 1929.

Doz Escalante: E-
hasta el 8 de no-
viem-

Demetrio Tino-
nda y Comercio,
al 18 de noviem-

nge Echandi: Ha-
o desde el 21 de

gura Méndez: E-
desde el 8 de
e hizo cargo del
final del perio-
ento del titular
Facio.

BIO BAUDRIT
ALEZ



ado a la Presi-
pública y Secre-
en varias Carte-
a administración
González Víquez.

PADRES: Doroteo Baudrit y A
dela González.

NACIO en Barba, Heredia, el
10 de mayo de 1875.

CASO con Mercedes Moreno Ca
ñas.

Se graduó de abogado el 1º de
octubre de 1902. Miembro y Se-
cretario de la Junta de Educación
de San José por varios años. Di-
putado al Congreso Constitucio-
nal. Magistrado interino de la Cor-
te Suprema de Justicia. Durante
la segunda administración del li-
cenciado González Víquez tuvo a
su cargo las Carteras de Hacia-
da, Comercio, Gobernación, Poli-
cía, Trabajo y Previsión Social.
Como juriconsulto es profesional
de sólido prestigio. Hombre de am-
plia cultura literaria, durante su
juventud cultivó las letras con
gran éxito.

VIVE en San José.

Licenciado FRANCISCO ROSS
RAMIREZ



Segundo Designado a la Presi-
dencia de la República en la se-
gunda administración del licencia-
do Cleto González Víquez.

PADRES: Jaime Ross Hazera
y Julia Ramírez Carazo.

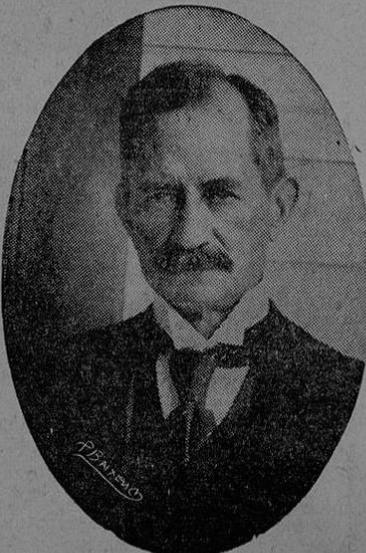
NACIO en San José el 4 de oc-
tubre de 1880.

CASO con María Teresa Coro-
nado.

Se graduó de licenciado en le-
yes el 27 de noviembre de 1909.
Agente Fiscal de San José. Juez
Segundo de lo Contencioso Admi-
nistrativo. Juez Segundo Civil de
San José. Juez Civil de Cartago.
Magistrado de la Corte Suprema
de Justicia. Muncipe de la ciudad
de San José. Director de la Es-
cuela de Derecho.

MURIO en San José.

Licenciado ANDRES VENEGAS
GARCIA



(Sus datos personales ya fueron
consignados)

consignados)

Tercer Designado a la Presiden-
cia de la República en la segun-
da administración del licenciado
Cleto González Víquez.

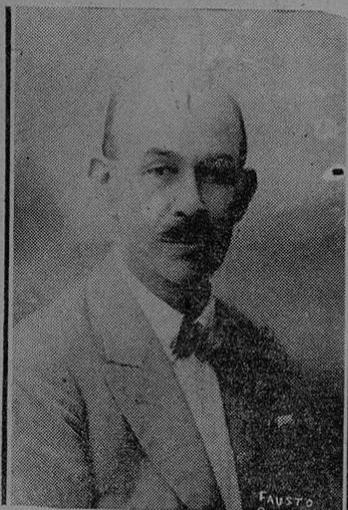
Don RAFAEL CASTRO
QUESADA



(Sus datos personales ya fueron
consignados)

Secretario de Estado en varias
Carteras en la segunda adminis-
tración González Víquez, hasta el
1º de abril de 1930 en que renun-
ció.

Licenciado LUIS CASTRO
UREÑA



Secretario de Estado en las Car-
teras de Gobernación, Policía, Tra-
bajo y Previsión Social en la se-
gunda administración González Ví-
quez, hasta el 6 de abril de 1929
en que renunció.

PADRES: Juan José Castro y
Lupita Ureña.
NACIO en San José el 4 de ju-
lio de 1869.

CASO con Vicenta Zeledón

Maestro de escuela. Se graduó
de licenciado en leyes el 22 de di-
ciembre de 1894. Alcalde y Juez
de San José. Diputado al Congre-
so Constitucional. Presidente del
Colegio de Abogados. Director de
la Escuela de Derecho. Diplomáti-
co en Centro América. Vicepres-
idente de la Directiva del Bancó
de Seguros. Promotor Fiscal de
la República. Magistrado de la
Corte Suprema de Justicia, ejer-
ció interinamente la Presidencia
de ese alto cuerpo en ausencia del
titular. Director del Registro de
la Propiedad. Arbitro en la dis-
puta de límites entre Guatemala
y Honduras.

MURIO el 12 de enero de 1951.

Licenciado JUAN RAFAEL
ARIAS BONILLA



(Sus datos personales ya fueron
consignados)

Secretario de Estado en varias
Carteras en la segunda adminis-
tración del licenciado Cleto Gon-
zález Víquez, hasta enero de 1931
en que renunció.

Don ENRIQUE FONSECA
ZUÑIGA



Secretario de Estado en las Car-
teras de Fomento y Agricultura
en la segunda administración del
licenciado Cleto González Víquez,
hasta el 13 de marzo de 1929 en
que renunció.

PADRES: Rafael Fonseca Cal-
vo y Elena Zuñiga Castro.

NACIO en San José el 11 de
abril de 1890.

CASO con Lila Zamora Ullóa.

Tenedor de Libros y Cajero de
la Compañía Eléctrica de San Jo-
sé. Diputado y Secretario del Con-
greso Constitucional. Delegado
del Congreso a las Conferencias
Interparlamentarias de Washing-
ton en 1926. Ministro Plenipoten-
ciario en Centro América y en
Panamá.

VIVE en San José.

Doctor SOLON NUÑEZ FRUTOS



(Sus datos personales ya fueron
consignados)

Secretario de Estado en las Car-
teras de Salubridad Pública, Pro-
tección Social y Beneficencia en
la segunda administración del li-
cenciado Cleto González Víquez.

Professor LUIS DOBLES
SEGREDA



(Sus datos personales ya fueron
consignados)

Secretario de Estado en la Car-
tera de Educación Pública en la
segunda administración del licen-
ciado Cleto González Víquez, has-
ta el 7 de noviembre de 1929 en
que renunció.

Don ARTURO QUIROS
CARRANZA



Secretario de Estado en la Car-
tera de Seguridad Pública en la
segunda administración González
Víquez, hasta el 29 de abril de
1932 en que renunció.

PADRES: Manuel Felipe Qui-
rós Flores y Susana Carranza
Fernández.

NACIO en San José el 8 de ju-
nio de 1887.

CASO con Emilia González He-
rrán.

Oficial Mayor del Congreso Cons-
titucional. Comandante de la Pri-
mera Sección de Policía de San
José. Miembro del movimiento re-
volucionario del Sapoá. Durante
el segundo gobierno del licencia-
do González Víquez sirvió como
recargo, del 1º de abril al 22 de
mayo de 1930, las Carteras de Go-
bernación, Policía, Trabajo y Pre-
visión Social. Ministro Plenipoten-
ciario en la República de Guate-
mala. Embajador de Costa Rica
ante el gobierno de Honduras.
VIVE en San José.

Don **ROBERTO SMYTH PUMAREJO**



Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto, del 6 de abril de 1929 al 22 de mayo de 1930.

CASO con Elisa Dávila Pumarejo.

Se dedicó principalmente a actividades comerciales y sobre todo en lo relativo a agencias aduanales. Diputado al Congreso Constitucional.

MURIO en San José el 17 de enero de 1933.

Licenciado **ARTURO VOLIO JIMENEZ**



(Sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura en la segunda administración del licenciado Cleto González Viquez, del 6 de abril de 1929 al 22 de mayo de 1930 en que renunció.

Licenciado **LEON CORTES CASTRO**



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Secretario de Estado en varias Carteras en la segunda administración González Viquez, del 7 de noviembre de 1929 al 11 de noviembre de 1930.

Licenciado **OCTAVIO BEECHE ARGUELLO**



Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto del 22 de mayo de 1930 al 18 de junio de 1931.

PADRES: Eduardo Beeche Arana y Dorila Argüello Mora.

NACIO en San José el 16 de junio de 1866.

CASO con Emilia Luján-Mata.

Se graduó de abogado en Europa y se incorporó en nuestro país el 16 de diciembre de 1892. Sub Secretario de Estado en el gobierno del licenciado Bernardo Soto. Profesor de Derecho Penal de la Escuela de Derecho en Costa Rica. Cónsul General en Francia. Consejero de nuestra Legación en París. Ministro de Costa Rica y de El Salvador en Washington. Plenipotenciario en las Conferencias Centroamericanas verificadas en 1934 en Guatemala. Delegado de Costa Rica en el Comité Económico y Financiero Interamericano en Washington (1940-42). Candidato a la Presidencia de la República. Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Secretario de Estado en el gobierno del doctor Rafael Angel Calderón Guardia. Presidente de la Primera Junta Directiva de la Caja Costarricense del Seguro Social, y luego Gerente de esta Institución. En 1947 fué nombrado Presidente del Primer Tribunal Electoral que tuvo el país. Publicó varios libros importantes de Derecho, entre ellos, el "Índice General de la Legislación Vigente en Costa Rica".

MURIO en San José el 2 de junio de 1950.

Licenciado **RICARDO FOURNIER QUIROS**



Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en la segunda administración del licenciado Cleto González Viquez, del 22 de mayo de 1930 al 13 de enero de 1931 en que renunció.

PADRES: Mateo Fournier Hecht y Pacifica Quirós Morales.

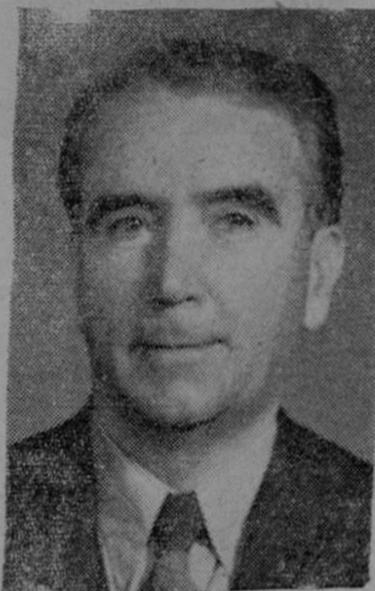
NACIO en San José.

CASO con María Guevara.

Se graduó de licenciado en leyes el 14 de diciembre de 1927. Alcalde Primero de Alajuela. Secretario de la Junta de Educación y Juez Escolar de San José. Secretario en 1920 de la Delegación de Costa Rica a la Conferencia Centroamericana celebrada en San José. Diputado al Congreso Constitucional. Profesor de Derecho Civil por varios años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica. Delegado de Costa Rica en la Asamblea de las Naciones Unidas.

VIVE en San José.

Don **CARLOS ARAGON RAMIREZ**



Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en la segunda administración González Viquez, del 27 de mayo de 1930 al 8 de enero de 1931 en que renunció.

PADRES: Manuel Aragón Quezada y Juanita Ramírez Carazo. NACIO el 15 de noviembre de 1881.

CASO con Juanita Rodríguez Benedetti.

Munícipe en dos ocasiones de la ciudad de Cartago. Diputado al Congreso Constitucional. Auditor de la Municipalidad de San José. Superintendente de Bancos. Comerciante.

MURIO en San José.

Don **GREGORIO ESCALANTE ECHANDI**



Secretario de Estado en las Car

teras de Fomento y Agricultura en la segunda administración del licenciado Cleto González Viquez, del 11 de noviembre de 1930 al 19 de junio de 1931.

PADRES: Gregorio Escalante Nava y Filomena Echandi Marchena.

NACIO en San José el 11 de enero de 1869.

CASO en primeras nupcias con Adelaida Bonilla Carranza y en segundas nupcias con Lia Saborio.

Se dedicó principalmente a actividades agrícolas y comerciales.

MURIO en San José el 1º de febrero de 1938.

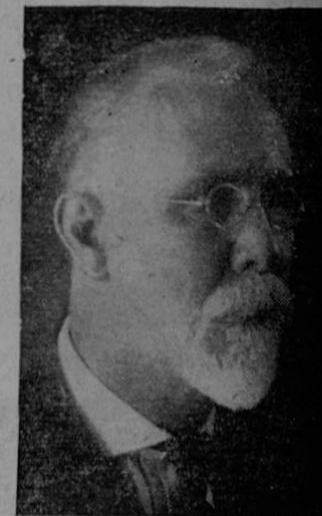
Don **TOMAS SOLEY GUELL**



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en la segunda administración González Viquez, del 8 de enero al 19 de junio de 1931 en que renunció.

Profesor **JUSTO A. FACIO DE LA GUARDIA**



Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en la segunda administración del licenciado Cleto González Viquez, del 13 de enero al 26 de diciembre de 1931 en que falleció.

PADRES: Justo A. Facio y Natalia de la Guardia.

NACIO en Santiago de Veragua (Panamá) el 17 de agosto de 1859.

CASO en primeras nupcias con Natalia Ulloa Salinas, y en segundas nupcias con Rosarito Brenes Mata.

Atildado escritor y poeta. Secretario Particular del Presidente Iglesias. Sub Secretario de Instrucción Pública, encargado de esa Cartera, en la segunda administración del mismo señor Iglesias. Director de la Imprenta Na

cional. Diplomático ante los gobiernos de Centro América. Profesor y Director del Liceo de Costa Rica. Presidente del Ateneo de Costa Rica. Gobernador de la Provincia de San José. Colaboró brillantemente en el periodismo nacional.

MURIO en San José el 26 de diciembre de 1931.

Licenciado **RAUL GURDIAN ROJAS**



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social en la segunda administración González Víquez, del 13 de enero al 18 de junio de 1931.

PADRES: Salvador Gordián Icaza y Zoila Rojas Román.

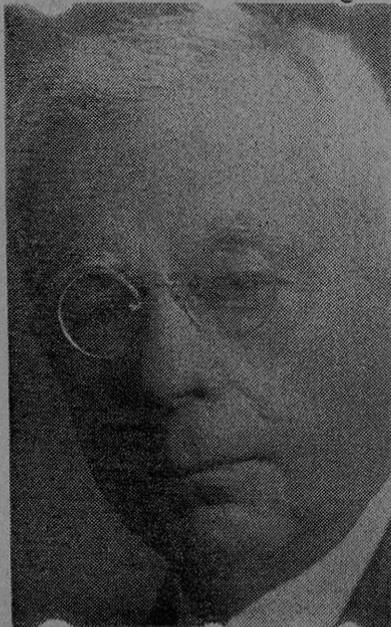
NACIO el 14 de julio de 1891.

CASO con Elena Montealegre-Carazo.

Se graduó de licenciado en leyes el 26 de agosto de 1915 y es en la actualidad uno de los abogados más distinguidos del País. Gran entendido en cuestiones económicas y en derecho internacional. Sub Secretario de Estado en el gobierno de don Federico Tinoco. Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores y Carteras anexas en la tercera administración de don Ricardo Jiménez, y de Hacienda y Comercio en el gobierno de don León Cortés. Ha viajado extensamente por diferentes países de América y Europa, y ha visitado el Japón. Se ha dedicado también a actividades agrícolas y comerciales.

VIVE en San José.

Licenciado **LEONIDAS PACHECO CABEZAS**



(sus datos personales ya fueron consignados)

Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en la segunda administración del licenciado Cleto González Víquez, desde el 18 de junio de 1931.

Don **FRANCISCO MAYORGA RIVAS**



Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura en la segunda administración González Víquez, desde el 22 de junio de 1931.

PADRES: José Mayorga (nicaragüense) y Luisa Rivas (costarricense).

NACIO en León Nicaragua, el 7 de febrero de 1862.

CASO con Ninfa Santos.

Llegó a Costa Rica a la edad de dieciséis años y optó luego la ciudadanía costarricense. Hizo estudios de derecho pero sin graduarse de abogado. Diputado y Vice Presidente del Congreso Constitucional. Gobernador y Comandante de Plaza de Guanacaste. Presidente de la Junta de Caridad y de la Municipalidad de Liberia. Se dedicó a actividades agrícolas principalmente.

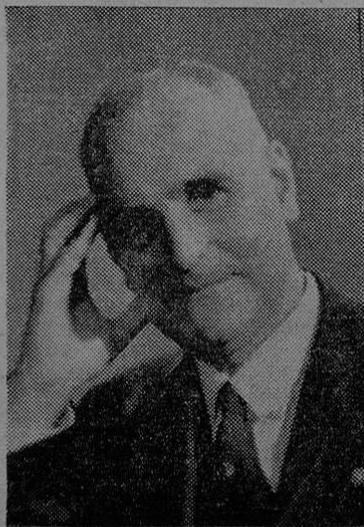
MURIO el 17 de abril de 1940.

Don **RUBEN CASTRO BEECHE**

Secretario de Estado en la Cartera de Seguridad Pública en la segunda administración González Víquez, del 29 de abril al 8 de mayo de 1932.

(no tenemos ni datos ni fotografía).

Licenciado **ALEJANDRO AGUILAR MACHADO**



(sus datos personales serán con

signados más adelante)

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto en la segunda administración del licenciado Cleto González Víquez. Del 26 de julio al 19 de noviembre de 1929 estuvo al frente del Despacho por ausencia del titular.

Don **ARTURO GARCIA SOLANO**

(no tenemos fotografía)

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación, Policía, Trabajo y Previsión Social en la segunda administración González Víquez, hasta el 22 de mayo de 1930.

PADRES: Adolfo García García y Juanita Solano Gutiérrez. NACIO en San Ramón. CASO con Marta Gólcher.

Inspector General de Hacienda Municipal. Jefe de la Oficina de la Junta de la Caña.

VIVE en San José.

Licenciado **JOAQUIN FERNANDEZ MONTUFAR**



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en la segunda administración González Víquez, hasta el 12 de septiembre de 1929.

PADRES: Crisanto Fernández Jiménez y Adela Montufar Madrid.

NACIO en San José el 1º de mayo de 1889.

CASO con Angela Robles Paralta.

Juez Escolar de San José. Secretario Particular del Presidente Jiménez Oreamuno en su primera administración. Director del Registro Civil. Abogado del Ferrocarril al Pacífico. Administrador en lo legal de la Oficina de la Tributación Directa. Secretario de la Legación Especial de Costa Rica en Washington y Centro América en 1916. Buen escritor, colaboró en varios periódicos nacionales y publicó algunos libros. Secretario de la Alta Comisión Interamericana. Consejero Jurídico de la Secretaría de Gobernación. Secretario de la Comisión Mediadora en el asunto de Límites entre Honduras y Nicaragua (1938).

MURIO en San José el 29 de diciembre de 1941.

Don **ROMANO ORLICH ZAMORA**

(no tenemos ni datos ni fotografía)

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Fomento y Agricultura

en la segunda administración González Víquez, hasta el 22 de mayo de 1930.

Don **JORGE ORTIZ ESCALANTE**



Sub Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en la segunda administración González Víquez hasta el 8 de noviembre de 1929.

PADRES: Sinecio Ortiz y Victoria Escalante Alvarado.

NACIO en Cartago el 11 de abril de 1882.

CASO con Angela Martín Mora.

Bachiller y Maestro Normal. De 1902 a 1907 fué maestro de escuela en San José. Se graduó de Bachiller en Leyes y Notario Público en 1907. Muncipe en la ciudad de Cartago. Diputado al Congreso Constitucional en varias oportunidades.

MURIO en San José el 28 de diciembre de 1945.

Licenciado **LUIS DEMETRIO TINOCO CASTRO**



(sus datos personales serán consignados más adelante)

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en la segunda administración González Víquez del 22 de mayo al 18 de noviembre de 1930.

Don **ELADIO MONGE ECHANDI**

(no tenemos fotografía)

Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en la segunda administración González Víquez desde el 21 de agosto de 1931.

PADRES: Gregorio Monge y María Echandi.

NACIO en San José el 5 de enero de 1885.

CASO el 18 de diciembre de 1909 con Josefa Fournier Arguedas.

Su ocupación principal y su es-

"Platero y yo" de J. R. Jiménez

Por OMAR DENGO



El poeta de los Jardines Lejanos ha publicado en la Biblioteca Juventud un pequeño libro, una elegía andaluza que se llama PLATERO Y YO.

Es un libro para los niños, pero es un libro para los hombres.

A un amigo a quien se lo obsequiamos, le decíamos, que es un libro no se lee: se sueña. Leerlo es como situarse bajo un arco iris a meditar en la melancólica sabiduría de la tarde...

Es un libro de páginas blancas como hostias, puras como hostias, divinamente tristes como ellas. Está lleno de la honda sabiduría del

color, del malva, del rosa, del oro, del azul...

Ese libro es extraño y profundo en su sencillez inmaculada.

Parece que hubiera sido escrito con sólo colocar las páginas en blanco, bajo los besos del sol de la mañana, bajo los besos del sol de la tarde, bajo el perfume de la luna...

Sus páginas son el canto de una luz. Pero de una luz nostálgica que quiere volver a las estrellas... Son el ritmo de un surtidor, que por su don de armonía, ha dejado de ser agua para ser tan sólo ritmo eterno!

Platero es un borriquito de plata azul, peludo, blanco como del poeta y un borriquito poeta. Juega fraternalmente con los niños del poeta, y sus ojos negros, como dos escarabajos de azabache, miran siempre hacia el corazón del poeta.

Ha llevado al poeta a lo largo del paisaje muguereño, tras las mariposas blancas, en la primavera, a la hora del Angelus; y mirando las flores del camino, ha sentido que al pasar, la luna lo bañaba en lirios. Mientras los niños que sufren, juegan, Platero se distrae escuchando las canciones sin sentido, que revelan a lo lejos entre la paz de los recuerdos...

Ha sufrido junto al poeta el mordisco de las espinas, el miedo de las sombras, el estremecimiento del frío, el dolor del agua y el calor del sol.

Y después de mirar, cómo se conducen los hombres en el carnaval, se ha puesto a contemplar su figura en el pozo y ha tenido el deseo de caer de cabeza en él, para echarse a correr por los prados del cielo, como un loco, como un rey de inmortalidad!

Ha visto alzarse, en la hora morada, la silueta del pastor sobre la colina, y Platero ha sentido el amor y la tristeza del rebaño. Y como un chiquillo, mientras las gentes lo llamaban ¡loco! ha tocado la zampoña por casualidad...

Cuando la luna, que sube redonda sobre la ermita de Montemayor se ha ido esparciendo por el prado, a Platero lo detienen las meditaciones:

¿Por qué regresa el otoño?

¿Por qué sale humo de las chimeneas?

¿Por qué recogen flores los niños?

¿Por qué no veo yo el Gobierno Civil?

Platero ha comido de la nieve y grana de las sandías; ha acarreado grandes y pequeñas cargas de almoraduj; ha corrido, jugando de viento; ha saltado, destrozado nidos; y casi sin quererlo ha llegado a pensar en él. Y fué entonces cuando pensó de la vida y tuvo amor para el heno y para la ilusión.

Platero y el poeta han llorado por un perro muerto. El llanto de los dos hermanos, ponía botones de oro sobre la luz que iba cayendo desde una estrella, en las azucenas. Las azucenas, cerca del perro, estaban temblando ¡las pobrecitas! por temor de que el burrito rebuznara.

El cascabel de una cabrita le arrancó el dolor a los hermanos, con una nota que dejó caer al moverse, como quien le quita un verso a un madrigal.

El burro muere un día, con muerte de santo. El poeta lo recuerda otro día: "¡burrito mío que llevas de mi alma por aquellos caminos de nopales!".

El burro ahora retoza en los campos de la gloria. Al pobrecillo le da de beber agua de eternidad la buena Samaritana.

Libros—

HISTORIA DE LA FISICA

Por Salvador Molina M.



Un erudito y eminente físico y astrónomo inglés, sir James Hopwood Jeans descubre en un libro ameno y sencillo las múltiples peripecias

de la física, en forma de historia (*).

El origen de la ciencia física hay que buscarlo en la observación de los acontecimientos naturales, tales como los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, y en la invención de las herramientas toscas con ayuda de las cuales el hombre se esforzó en aumentar la seguridad y comodidad de su vida, es como principalmente se ha desenvuelto una de las ciencias que más se ha prodigado en beneficio del hombre, y también, se ha vuelto contra él, por culpa del desenfrenado egoísmo humano.

Se puede subrayar cualquiera de los párrafos de este interesante libro del astrónomo y físico Sir James Hopwood Jeans quien ha escrito este libro, como una historia sencilla y clara, sugestiva en este inmenso edificio que es la colosal fábrica de la física de nuestros días.

Nos describe multitud de hallazgos en los principios fundamentales de los descubrimientos e invenciones en que ha participado la física. Así, en las matemáticas de la que toma los principios para estructurar sus leyes. La astronomía, la química le deben a la física muchos de sus descubrimientos. La técnica, esa moderna casi-ciencia que ha modificado en tan hondo el siglo XX (¿era o época?) de tan escaso tiempo transcurrido —medio siglo— y en que los adelantos de este sector del conocimiento; la humanidad ha comprobado tal cúmulo de invenciones, descubrimientos derivados de la física, que pueden compararse, en cantidad de tiempo con el transcurso de la historia humana. En todo esto, está sintetizada la importancia del libro de que hablamos. Y así por ejemplo, en pocas, pero concisas líneas, nos dice: a partir de 1895, surgió una nueva revelación en la física. Los átomos, esto por hablar de lo actual, fueron descompuestos por J. J. Thomson en corpúsculos más diminutos y éstos a su vez en unidades eléctricas, lo que hizo pensar que la "electricidad" era la última y definitiva palabra de la ciencia física. Ruthenford explicó la radioactividad en función de la desintegración atómica y descubrió el átomo como un núcleo positivo a cuyo alrededor giraban los electrones negativos; la materia, en vez de ser una sustancia densa y compacta, pasaba a ser una estructura abierta, en la que el material era insignificante en comparación con los espacios vacíos. Además, fueron descubiertos los principios estadísticos de la desintegración atómica, por virtud de los cuales llegaba a ser posible calcular cuántos átomos contenidos en un miligramo de radio explotarían en un segundo, aunque no pudiera precisarse la vida de un átomo individual. He aquí a grandes rasgos, situado, el tan decantado asunto atómico en la historia de la ciencia.

La ciencia física representa tan sólo un aspecto analítico de la realidad, que nos permite predecir y a veces controlar las obras de la Naturaleza. De vez en cuando surge una gran síntesis del co-

nocimiento; este estudio sobre la ciencia física lo es, y, de pronto las piezas dispersas del puzzle se ensamblan y los conceptos diferentes y aislados son acoplados por una mente superior, así desfilan uno a uno los prohombres del espíritu científico en la historia: — la cosmogonía de Newton, la coordinación de la luz y la electricidad debida a Maxwell o la reducción de la gravedad a una propiedad común del espacio y el tiempo, según Einstein—, son otras tantas visiones sintéticas que jalnan el progreso de la ciencia. Claro se ve, que otros síntomas vaticinan ahora otra síntesis, la relatividad la teoría de los quanta y la mecánica ondulatoria se funden en nuevos conceptos que se organizan en torno a la teoría del átomo, en una nueva visión unitaria.

En cada uno de los momentos históricos de la ciencia física parece la suprema, por más que toda su grandeza y su poder crecientemente no basten para representar el conjunto de la existencia. La ciencia puede trascender de su propia esfera natural y ser utilizada para criticar otras modalidades del pensamiento contemporáneo e incluso todos los dogmas en que los teólogos han expresado sus creencias. Pero para contemplar la vida invariablemente y observarla en su conjunto nos cesitamos la inteligencia del hombre, en sentido de comunión de la humanidad con la naturaleza, cuya base es la ciencia. Esta base científica cultivada por el hombre debe ser la estética y la moral de la inteligencia, instrumento todopoderoso que ha descubierto la energía para el servicio del hombre, este será el nuevo humanismo: la ciencia, el arte, la cultura para la paz.

Este progreso constante de la física —lo mismo puede decirse para la ciencia en general— cualquiera que sea, el hombre debe aprovecharla para cada nuevo día ver con más claridad controlar su poder y limitar la ciencia al control de la naturaleza; esta puede ser en sí misma determinista —sobre todo la física—; pero... ¿La teoría atómica y la mecánica de los quanta? Estas hermosas páginas, en que desfilan deliberadamente ascendentes los descubrimientos e invenciones de una ciencia, particularmente la física. Nos han surgido estas reflexiones que ahora anotamos en forma de conceptos de la ciencia física, que no son sino modelos proyectados por la realidad. La ciencia reconoce su verdadero significado, y creemos, que el hombre mismo —nadie más que él— descubrirá que la ciencia, no trata por más tiempo de enredar el espíritu del hombre en las mallas de la ley, en que él tiene libertad y opción, para utilizarla en beneficio de su prosperidad.

En total, nos hemos percatado de un ensayo trascendente que debe llegar a todas las manos de los hombres que anhelan una esperanza en su saber: la ciencia física, fiel compañera de la historia humana y de las mejores conquistas de la inteligencia y del espíritu alerta del hombre de ciencia.

(*) James Jeans: Historia de la Física. Fondo de Cultura Económica. Breviarios. México.



pecialidad fué la contabilidad. Trabajó por muchos años en la Secretaría de Hacienda y Comercio hasta llegar a ser Oficial Mayor de la misma, y luego Sub Secretario.

MURIO en San José el 28 de junio de 1932.

Don MANUEL SEGURA MENDEZ



Sub Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública en la segunda administración González Víquez, desde el 8 de enero de 1932.

PADRES: Manuel Segura Sequiera y Eloísa Méndez Cordero. NACIO en San José el 10 de setiembre de 1895.

CASO con Lolita Rodríguez Masís.

Sirvió en México un cargo en el Departamento de Publicaciones del Museo Etnológico y también una cátedra en el Instituto Williams de Tacubaya. Ejerció el comercio en Santa Cruz de Guacaste. Ha sido Oficial Mayor de la Cruz Roja Costarricense y Secretario General del Hospital San Juan de Dios. Durante la segunda administración del licenciado González Víquez fué Oficial Mayor de la Secretaría de Educación Pública, ascendiendo luego a Sub Secretario de Estado, y haciéndose cargo del Despacho hasta el final del período por muerte del titular don Justo A. Facio. Durante varios años fué jefe de la Sección Diplomática de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Ha publicado varias obras literarias, entre ellas una novela y un tomo de versos. Ha ejercido el periodismo en varios diarios de la capital y actualmente en "La Nación".

VIVE en San José.

EMMANUEL ROBLES Y EL HONOR HISPANICO

Por RAMON SENDER

EMMANUEL Robles es un escritor francés de cuarenta años q' cultiva con una sutil originalidad la novela, el cuento y el teatro. En

los tres géneros consigue al mismo tiempo los favores de la élite —lo que no es necesariamente un mérito— y el gran eco latitudinario, lo que en sí mismo tampoco quiere decir nada. Si comento la obra de Robles no es porque sea un autor de éxito, sino porque conoce los caminos secretos de la verdad y las veredas transversales no caminadas aun por otros.

Entre sus libros, dos de los más conocidos son "La mort en face" ("Cara a la muerte", Premio Fémina de 1948) y "Cela s'appelle l'aurore" ("Eso se llama la aurora" 1952), seleccionado a su aparición como el mejor libro del mes. Los dos poseen el acento confidencial e intimista de los novelistas de la gran tradición con un módulo inconfundible de gravedad y de discreción castellana. Recientemente, la Comédie Française ha repuesto "La vérité est morte" ("Ha muerto la verdad"). No hace mucho q' se representó en N. York su "Montserrat". La traducción española de este drama ha conocido también el aplauso en los escenarios de Sudamérica.

Lo que de momento nos interesa a nosotros es la manera de ver lo hispánico en este autor francés, hijo de españoles, nacido en Orán (Argelia) en 1914. Coincide en lo substancial con Sartre, Camus y también —aunque desde la acera de enfrente— con Montherland y con los autores del siglo pasado que conocieron España: Gautier, Mérimés y el mismo Stendhal. Pero hay en Robles una manera de subrayar algunos rasgos de lo hispánico que definen un contacto más íntimo y genuino con nuestras virtudes y vicios. Robles nos reconoce a nosotros en sí mismo.

Ha preocupado siempre a los franceses nuestro sentido del honor. Desde las comedias de capa y espada de Lope de Vega hasta las tristes experiencias de nuestra guerra civil, algunos franceses de distinción se han sentido un poco deslumbrados por la idea española del honor en sus diversos matices, desde la simple dignidad física —Carel Capek dice que la danza española es un simple acto de orgullo— hasta la idea trascendente de sí mismo que cada cual lleva escondida.

La idea del honor ha cambiado mucho desde fines de la Edad Media, pero sigue definiendo en España y en América una parte importante de nuestro carácter. Robles expresa los más delicados accidentes de esa cualidad lo mismo en las sociedades de Suramérica (véase "Montserrat") que en la vieja metrópoli encendida años atrás en odio civil. ("La mort en face").

Como tal vez nuestros lectores saben, "Montserrat" se desarrolla sobre un episodio de la guerra de liberación en Venezuela durante los días conspiratorios y épicos de Bolívar y Miranda. El héroe es un oficial español a las órdenes del virrey. Enviado con un destacamento contra Bolívar, establece contacto con el Liber-

tador y se deja convencer por él y ganar a la causa de la independencia.

Más tarde, durante una comida en la casa del virrey, Izquierdo, uno de los secretarios dice que Bolívar está en las cercanías de la ciudad, solo y enfermo y que tardará muy poco en caer prisionero de las tropas españolas. El oficial realista encuentra manera de salir y ayudar a Bolívar. Más tarde es acusado por Izquierdo de traición y el virrey le ofrece el perdón si se somete a una prueba y sale de ella victorioso. Elige el virrey a seis personas inocentes en la plaza del pueblo y les dice que deben tratar de convencer a Montserrat de que la causa de Bolívar es contraria a la razón y la justicia. Y advierte Izquierdo a Montserrat que aquellas seis personas inocentes serán muertas si no logran convencerlo.

Sufre Montserrat las torturas morales de aquella tremenda experiencia. Y pasa por el suplicio de ver fusilar a seis inocentes antes que traicionar a Bolívar, detrás de cuya victoria presiente los bienes de la libertad para más de seis millones de seres humanos tan dignos de vivir como las pobres víctimas ejecutadas por Izquierdo. Pero queda una reflexión triste. ¿Es que no se puede hacer el bien sino a costa de sangre inocente? "La libertad, hermano, —dice a Sancho don Quijote— es un bien por el que el hombre debe arriesgar la vida". El héroe de Robles arriesga más que la vida física, en ese episodio. Arriesga la muerte moral. Finalmente, cuando van a matar a Montserrat, llega Bolívar, victorioso.

Dicho así, el esquema del drama, como el esquema de cualquier obra de teatro, no es gran cosa. Pero leyéndola y viéndola en la escena, advertimos el problema del héroe acuciado por exigencias simultáneas de varias formas de lealtad, entre las cuales hay que optar. Y la que elige Montserrat es la lealtad a sí mismo, a costa de la vida. Detrás de ella está el viejo sentido hispánico del honor.

La lealtad es uno de los timbres de gloria que el hombre hispánico puede adjudicarse con justicia. Hemos sido ocasionalmente leales a los romanos en Sagunto, a los cartagineses en Numancia, a los visigodos en Toledo y a los árabes sin que hubiera nunca contradicción, porque no se trataba de una lealtad a un credo ni a una persona, sino a la idea de sí mismo que el hombre hispánico se hace en el laberinto de la realidad. Hoy lo mismo que hace veinticinco siglos. Y al aceptar al extranjero, aceptaba el hombre si lo merecía, y no la doctrina ni la casta.

A fines de la Edad Media había en España dos maneras de sentir el honor. Una de influencia extraña: la manera visigótica. Otra de naturaleza indígena, que probablemente fué reforzada por la influencia berberisca, almohade y almoravide desde el siglo VIII al XV. El honor germánico es de naturaleza social. Si el duque, el conde o el barón se sentían heridos en sus privilegios, era toda una casta la que tomaba las armas, ofendida. Los señores de villas, los maestros y comandadores de las órdenes de caballería eran los vigilantes de esos privilegios. El teatro del siglo XVII está lle-



no de conflictos en los que el honor de casta se opone al honor del individuo. "Peribañez", "Fuen teovejuna", "El Alcalde de Zalamea" y otras muchas comedias plantean ese problema. El honor que el hombre del pueblo opone al hombre de casta o de castillo es de traza indígena. Y es el honor individual, la lealtad del hombre ante su sombra o ante Dios. Es decir, ante su conciencia.

Desaparecidas las últimas trazas feudales, cuando la nación que dó constituida —aunque vivo aún el espíritu de privilegio—, lo que prevalece en el "homo hispánico" de los dos lados del Atlántico es el sentido religioso de la hombría. Cuando los insurgentes de Ayacucho atacaban "a los godos", trataban de liberarse de ese yugo de casta en nombre de un sentido de la propia dignidad más español que el de los virreyes.

Durante los periodos turbios de la historia, esos sentimientos son más evidentes bajo la luz de la epopeya o las sombras del sacrificio. En las guerras de independencia (verdaderas guerras civiles) de América, como en la última guerra española, las oportunidades para que el hombre mostrara estas formas de grandeza moral ante sí mismo eran, por desgracia o por fortuna, demasiado frecuentes.

La literatura francesa de los últimos años ha hecho uso de esas experiencias para presentarnos a los españoles y a los hispanoamericanos una vez más como hombres de honor. Pero nadie ha acertado como Emmanuel Robles, cuya ascendencia hispana le permite percibir el problema dentro de su alma. Robles en "La mort en face" nos revela la enorme transcendencia de la sombra de nosotros mismos, que nuestro orgullo alienta secretamente en el fondo del ser. Nadie como Robles podía percibir ese misterio que nos hace posible superar dentro de nosotros la última y la más abrumadora fatalidad.

"Cara a la muerte" es una colección de novelas cortas todas de fondo español que transcurren durante la guerra civil. No hay en ellas doctrina ni bandería. El autor tiene la sobriedad de los maestros y se limitó a ordenar los hechos y sus proyecciones en el alma de los hombres, tanto de un lado del combate como del contrario.

El tema central es siempre la estimación española de sí mismo, libre de valoraciones de ocasión, casta y nivel. Hombres frente a otros hombres bajo un mismo cielo sordo y tal vez mudo. Y cada uno con sus problemas que ligan,

El templo de San Agustín en Bogotá y la efigie de Jesús Nazareno

El hermoso Templo de San Agustín, construcción española, mole inmensa de piedra de artística ornamentación, ha desafiado los embates del tiempo y orgullosa se yergue en la Plaza de su mismo nombre.

En este Templo, tuvo lugar un largo y encarnizado combate en el año de 1862 por lo cual y a causa de las reparaciones que luego se efectuaron en él, perdió su uniformidad. Hay allí objetos valiosos y de arte maravilloso, esculturas muy bellas entre las que merece especial mención la efigie de Jesús Nazareno— hecha en madera finísima y tan fuerte que los años no han hecho mella ni han logrado afezar la prodigiosa figura de Jesucristo. La cruz posee un mérito inmenso pues está incrustada enteramente de Nácar. Se dice que la efigie fué traída de Inglaterra durante el sisma de Enrique VIII pero personas autorizadas aseguran que de Quito llegó y allí fué tallada. Lo cierto es que es de sublime belleza y todos los bogotanos la veneramos con hondo y fiel cariño.

Cuenta la tradición que el gran Antonio Nariño, el que escribió "LOS DERECHOS DEL HOMBRE", cuando fué Presidente de la República, en prueba de devoción y agradecimiento por los grandes favores que Jesús le había concedido, le otorgó el título de Generalísimo de las tropas de la República y le ofrendó los galones de su propia casaca con los cuales se adorna la imagen durante la procesión que desde el tiempo de la Colonia, se efectúa en Bogotá los miércoles Santos y que hace el recorrido por las principales calles de la ciudad.

En Bogotá, las familias piadosas, cuando se encuentran en alguna grave necesidad, van a San Agustín, al Templo que tantos recuerdos guarda dentro de sus muros y allí en la capilla donde el dulce Nazareno siempre con la pesada cruz sobre sus delicados hombros, espera a sus hijos amantes y devotos, se postran en demanda de auxilio y protección saliendo luego llenos de optimismo pues saben que su ruego será atendido y sus penas tendrán pronto y seguro alivio.

MARYLEN

Bogotá, abril de 1954.

no sólo con los problemas íntimos de los otros, sino, principalmente, con un destino inexorable con el que saben que no se puede jugar. Con un destino que nos da grandeza o nos la niega sin tener para nada en cuenta la aspiración vulgar usual y común a la felicidad. Tampoco esos españoles de Robles piensan que vale la pena sacrificar nada realmente genuino a nuestra alma a la idea común del provecho y del bienestar, tan cara a los hombres como a los animales y a los insectos. La estimación de sí mismo de los españoles de Robles puede considerarse el renunciamiento como una forma de triunfo y sabe que detrás de ese aparente contrasentido se esconde una de las leyes —tal vez la ley suprema— de esta creación en la que estamos integrados.

CUARENTA Y UNA. — LA INQUIETUD DE LA ESPERA

Obra analizada: ANGELUS, poemas de Fernando

Centeno. — 1939.

Mi muy estimado señor Director:

Precisamente hoy, día 23 del mes de mayo, se cumple un año de la publicación de mi primera carta literaria para ADEMÁS. ¡Un año de labor de vulgarización de las mejores obras de nuestra literatura nacional! Un año de estudio amable y simpático en compañía de los escritores costarricenses de ayer y de hoy! Debo, con motivo de ese primer aniversario, presentar a Usted, señor Director, mi agradecimiento sincero por la acogida amable que, durante estos doce meses, le ha concedido a mi correspondencia semanal.

En la carta mía número treinta y ocho, publicada en la edición de ADEMÁS correspondiente al domingo nueve del mes de mayo del año en curso, me referí, en forma amplia, a la primera parte de ese estudio de emociones y de pensamientos que, de Fernando Centeno, apareció hace unos quince años en una vetusta ciudad española. Para no dejar las cosas incompletas —lo que nunca me ha gustado— quiero hoy hablarle de los Poemas varios que forman la parte final del interesante y pequeño volumen.

Allí están delicadamente evocadas las inefables y hondas influencias de la Primavera. Piensa el Poeta, con profunda tristeza, que existen, en este mundo traidor, nocturnos ladrones que se alimentan de trinos. Que, en el correr de las estaciones, ha de llegar, inexorablemente, el lobo invierno. Aquel que se complace en devorar los matices de las rosas; los besos románticos que la luna com pasiva distribuye entre todos los seres; los ensueños, que no dejan soñar, de los enamorados.

También las almas de los pajarillos saben de melancolías. Entre ellas, la más angustiada de todas: la de sentir enmudecida para siempre, la garganta de cristal, nido de notas, fuentes de trinos. Y es posible —el Poeta lo sabe muy bien— que el pájaro mudo busque, como los hombres, en la serenidad de una muerte voluntaria, las notas que se perdieron sin saber dónde, sin saber cuándo.

El Artista juega con las palabras y con las rimas en uno de sus poemas: el que despierta en nosotros la imagen, a la vez inquieta y tranquila, de la danza oriental. "Se escuchan los coros sonoros de bohemios juglares que cantan un claro cantar al son del que danzan la danza las danzarinas. Trinan finas flautas. Los violines cuentan nostalgias azules del alma oriental..."

En decasílabos perfectos nos describe la visita de los Reyes Magos al Dios Niño, rayo de luna que despierta, en lo íntimo, el alma blanca de la oración.

Una angustia sin límites se apodera del lector al recitar, en voz baja, muy baja, el delicado *Nocturno de la Espera*. Son cláusulas rítmicas bien combinadas. En todas las cosas se siente la vaga inquietud de la espera. Parece que hasta el silencio se agita. Lo inquieta otro silencio sonoro: el de la espera en el que todos los momentos repiten las palabras que fueron y que son, los anhelos ya muertos, transformados, sin querer, en angustiosas desesperanzas.

Filosofía y ensueño —dos ensueños, en realidad—, sirven de fondo al poema que sigue. En el primero de los ensueños, el del filósofo de hondas inquietudes, recuerda la actitud serena del Sabio, luminosa cordura que mucho tiene de divino. Sin embargo, como Artista excelso que es, adora las almas que sueñan: a los poetas y a los santos. Si el Sabio, en la duda, analiza, el Ensoñador no quiere dudar. ¿Para qué, si la Vida es Sueño?

Entre los que sueñan recuerda a un enfermo del mismo mal suyo. Entona una vibrante salutación a Rafael Cardona, uno de nuestros bardos excelentes. Tal vez, por excelente, olvidado en demasía.

Cardona, en lengua de colores, cantó el secreto magnífico de las piedras preciosas. Despierta, en el alma, la visión del Oriente escondido en las facetas luminosas del Diamante. Surge el recuerdo de tragedias místicas, de comedias profanas que se suscitaban en almas muy lejanas, muy ajenas.

Fernando Centeno se ha adentrado en el espíritu privilegiado de Cardona, el que supo ver el mundo con los ojos, sedientos de aventuras, del Caballero de la Triste Figura y con los ojos, siempre burlones, del burlón Sancho Panza.

Vamos llegando a las páginas postreras de este que he llamado Libro de Horas de Fernando Centeno. Y lo llamé así por pequeño: cabe escondido en el hueco de la mano. Lo llamé así por místico: cada línea suya despierta el anhelo vivo de acercarse a la fuente de toda sabiduría. Y, en ella, beber frescura para el espíritu.

La sangre maldita regada, en el silencio cómplice, por todos los Caínes que en el mundo han sido. La sangre bendita de las vírgenes mártires vertida por la crueldad de los Nerones que el mundo ha endiosado. La sangre divina que desde lo alto de una Cruz se riega sobre la Humanidad en una oración de paz y de amor. ¡Tres símbolos que el Poeta señala en rimas de factura inpecable!

Al caer la tarde, cuando en un blanco mutismo el crepúsculo va muriendo con lentitud anhelosa, el Artista, soñador siempre, con templa la propia barca de oro. Orientada por un remero que empuña dos remos azules, va en ella un príncipe enfermo de amor: el propio corazón. No importa que el Olvido solloce cobarde. No importa que el Hada asista insensible al desfile silencioso. El príncipe, muerto de amor por una Hada ha de volver a la existencia. ¡Así lo ha dispuesto el mismo Amor porque si Amor hace morir, Amor resucita!

¡Y Amor dicta al Poeta sus mejores canciones!

Con toda estima saluda al señor Director de LA REPUBLICA,
LUZ DEL ALBA



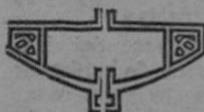
ASI
VISTEN
ELLAS

FLORIA
SASSO
FISCHEL

Emerge en la luz de su sonrisa, la florescencia del misterio... Canta junto a la maravilla de su encanto, la música gorjeante del nido en la mañana... Plenitud y belleza, canción y luz...

(Foto

Solano)



☆ **POEMA** ☆

*Al viento lo castraron en los árboles
—derramándose en brisa su sendero—
lo imaginaron aire
y le entre-abrieron
sus venas de universo.
Pie sin rumbo,
camino de ansiedad donde tradujo
al eco del instante su momento.
Subiendo por el mundo
le corrieron
la ruta de su canto mensajero.
Lo detuvo
la noche en su cintura.
Lo ensimismaron reto,
desgarrándole su vientre marinero
el anhelo
del polvo y la llanura.
Y cortaron sus alas de recuerdo.
la luz y la pregunta.
Derrotado de tiempo,
en la distancia
—herido ya de espacio—
se hundió lejos...
Dejando clavado en el silencio
rumor de hojas turbias
y lamento...*

MARIO PICADO UMANA